

Fotos

AÑO IV

NÚM. 180

MADRID

10 DE AGOSTO DE 1940

SEMANARIO GRAFICO *de* INFORMACION y REPORTAJES

EN ESTE NUMERO

*Hoy hace ocho años.
Recuerdo y grandeza
del 10 de Agosto*

Por Julio Romano

*Preparación de la
guerra continental*

Por J. Díaz de Villegas

*Italia en la guerra.
Las divisiones de Li-
bia en la batalla*

Un reportaje gráfico
de la lucha en el
Africa del Norte, ex-
clusivo para FOTOS

*El conde Ciano visi-
ta los frentes en su
viaje a Alemania*

Un gran reportaje es-
pecial para FOTOS

*La españolisima tie-
rra de Gibraltar*

Por Guillén Salaya

*Día y noche. Rueda
del trabajo*

Por A. Alonso Casares

La vida en un hilo

Cuento de Alfredo
Marquerie. Ilustra-
ciones de Demetrio

*Editorial, pantalla,
modas, libros y otras
informaciones de
gran interés*



DEL VIAJE DE CIANO A ALEMANIA

La visita a los frentes

El ministro de Negocios Extranjeros de Italia, que es, como es sabido, uno de los primeros aviadores de su país, visita un aeródromo de campaña, con él, el general alemán Loerzer (Fot. B.)

50
ctms



La ilusión del verano

Promesa de días felices representa el viaje de vacaciones que ha de llevarnos lejos de las preocupaciones de la vida diaria a un rincón soñado. Es verano, el sol resplandece y ya tenemos el billete ¿qué puede suceder? Así pensamos saboreando de antemano las delicias de esos días de verano que son muy nuestros. Esto, mientras no nos los arrebate un enfriamiento y sus consecuencias. Piense en ello y llévese una cajita de INSTANTINA. No hace falta preocuparse de más, porque



Instantina

corta con más rapidez los resfriados y sus dolores.



Hoy hace ocho años

RECUERDO y GRANDEZA

del **10 de Agosto**

1

AQUEL 10 de agosto de 1932...!

Un puñado de hombres se rebela contra la jauría de miserables testafierros políticos que llevan a España a la ruina. La revolución avanza cautelosa. Se ha mutilado al Ejército; se persigue encarnizadamente el sentimiento religioso del país; se socava la vida del hogar; se cubre de indignidad y se ridiculiza a los patriotas; se prepara la desmembración y el descuartizamiento de España, convirtiéndola en taifas... Todos los malos apetitos han clavado sus colmillos en la carne dolorida de España.

Y surge entonces la santa rebelión del 10 de agosto, aniversario de la batalla de San Quintín. El patriotismo exacerbado de unos héroes españoles se lanza a la calle, en un amanecer agosteano, para luchar contra la chusma marxista, en una lucha desigual. Son los precursores, los videntes, los que sienten en lo más profundo de su alma el dolor de la Patria mancillada y envilecida por la pira bolchevique.

Se inicia en las calles de Madrid un duelo de fusiles

Sanjurjo, ante sus jueces, es el hombre del valor sin jactancia, el caballero que conserva la entereza en las horas amargas. «He perdido —dice— y estoy dispuesto a pagar. Yo sólo soy el responsable»

y pistolas. En la Cibeles y Recoletos caen los valientes caballeros inmolados a su ideal patriótico. Antes de caer han podido lanzar, como un reto a sus enemigos, el grito de «Viva España!», prohibido por los bandidos de la República de Azaña y Casares.

Madrid, el 10 de agosto, se despierta estremecido. Cuando la tormenta se aproxima tiembla el bosque. Un equipo de obreros limpia ya en estas horas mañaneras las manchas de sangre que han dejado los caídos en la Cibeles; algunos transeúntes madrugadores forman corrillos, miran los agujeros de los impactos en los árboles; hacen, en voz baja, comentarios... Unos cuantos nombres beneméritos se incorporan al martirologio de los sacrificados por amor a España. El Movimiento de

rebeldía — dicen los miedos, los cobardes y los acomodaticios — ha fracasado.

En Sevilla, Sanjurjo, el gran español, que ha echado sobre sus hombros la tarea magnífica de salvar a su país, lanza a España su famoso Manifiesto. Cuando resuelve una situación gangrenosa — ha dicho Mussolini — la violencia es santa, necesaria e imprescindible.

Sanjurjo pasa, en unas horas, de la brillante apoteosis triunfal a la negrura del fracaso. Ha tratado de golpear, con su espada victoriosa, en las conciencias españolas adormecidas; pero el pueblo, amodorrado, se inhibe. El salvador de Marruecos, el Caballero dos veces laureado, ve revolotear junto a él la perfidia, la traición, la cobardía, el interés bastardo. Como a todos los hombres grandes le ha llegado a él la hora de la prueba. Se encoge de hombros, y dice estoico:

—He perdido y estoy dispuesto a pagar.

El hombre se convierte en un símbolo. Su espíritu de sacrificio hace adeptos. No quiere que los demás paguen a escote la frustrada aventura.



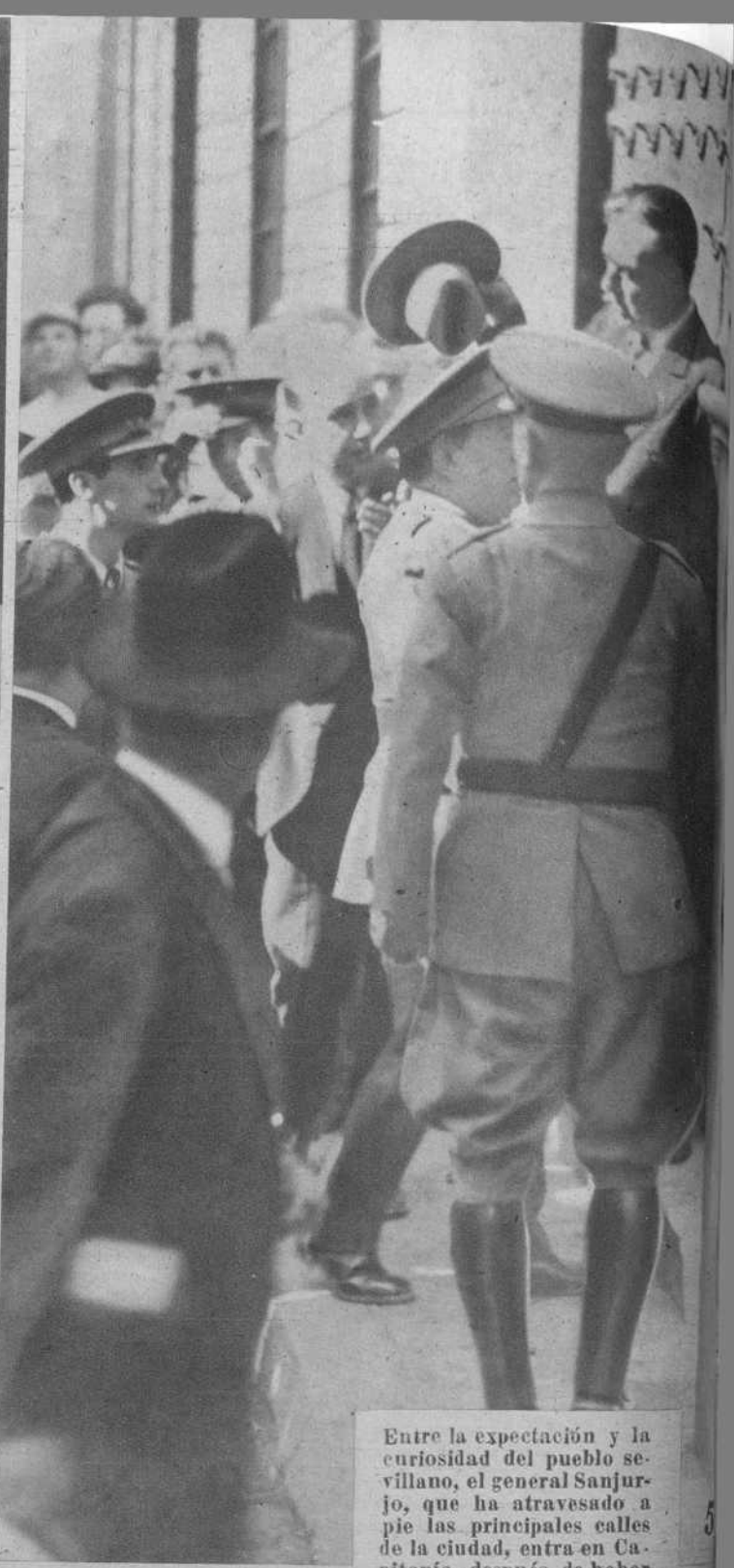
2

↑ De izquierda a derecha: el general García de la Herranz, Sanjurjo, su hijo Justo y el teniente coronel Esteban Infantes, en la sala de la Audiencia, momentos antes de comparecer ante los tribunales



← El glorioso militar, dos veces laureado, aclamado por el pueblo, recorre las calles de Sevilla, donde el movimiento ha triunfado por unas horas; pero al fracasar en el resto de España, fracasará allí también, matando momentáneamente la esperanza de salvación de la Patria

Sanjurjo se dirige, el 10 de agosto de 1932, a la Capitanía general de Sevilla, desde donde lanzará el famoso Manifiesto ↓



Entre la expectación y la curiosidad del pueblo sevillano, el general Sanjurjo, que ha atravesado a pie las principales calles de la ciudad, entra en Capitanía, después de haber asegurado, con su sola presencia, el orden y la tranquilidad en la capital



—Yo sólo soy el responsable— repite a sus jueces.

Y hay en este hombre extraordinario como un escondido deleite por el sacrificio. Ha preferido siempre ser víctima de la injusticia a cometerla. Cuando el aire que uno respira es un veneno para el otro no hay reconciliación posible. Y Sanjurjo no puede convivir con los asesinos de España. Cuando lo condenan a muerte y alguien le ruega que firme la petición de indulto, exclama sin jactancia:

—La sentencia debe cumplirse.

Los marxistas ponen en pie su vileza. Destierro al Golfo de Guinea a 138 caballeros españoles, suprimen 114 periódicos, eliminan de sus cargos a los magistrados pundonorosos, persiguen a los hombres de derechas, y convierten a Sanjurjo en el «penado número 52».

Pero el general permanece incólume, recto, invariable. Posee las virtudes maravillosas de la raza: dignidad, valor, estoicismo, amor encendido a su Patria. Piensan, suprimirlo villanamente en el Penal del Dueso y encar-

Todo se ha perdido. Sanjurjo, en lugar de huír, como han hecho siempre los dirigentes rojos, asume la responsabilidad de su acto. He lo aquí, ya detenido, descendiendo las escaleras del muelle para embarcar en el «Cánovas del Castillo», que ha de conducirle a Cádiz

gan de ese abominable trabajo al anarquista Aznar. Sanjurjo le hace cara y lo vence.

El barco que es grande en el río, dice, es pequeño en el mar. Sanjurjo tiene la misma talla excepcional cualquiera que sea el sitio donde lo coloca la vida.

El 10 de agosto es su crucifixión, pero es también su gloria. Aquel fracaso lleva el germen del futuro triunfo. El tiempo, que borra o empuja a muchas figuras, agiganta la suya. Fué el precursor de la magna tarea de salvar a su país, obra santa que pudo llevar a cabo otro gran Capitán: Franco.

Sanjurjo no tuvo suerte. Sencillo, simpático, generoso y altruista, poseía las cualidades necesarias para ser un conductor de multitudes. Era carne y alma de su pueblo. Por eso pervive su nombre en el recuerdo de los españoles, que colocan todos los años sus manojos de florecillas sentimentales en la tumba del héroe. Se sentía feliz con su pueblo, y cuando el 10 de agosto de 1932 le vuelve éste la espalda, dejándolo solo, Sanjurjo sintió el mismo dolor agudísimo del hombre que se ve abandonado por lo que más ama, por lo que estaba siempre dispuesto a dar su vida. Por eso, cuando España lo llama el 18 de julio de 1936, el general exclama dichoso, con lágrimas en los ojos:

—Ya poco me importa morir.

Éra sencillo sin plebeyez, y asequible y llano sin menoscabo de la jerarquía. Sus amigos me han contado una anécdota de los tiempos en que el grande

hombre era director de la Guardia Civil. Es conocida la ojeriza que tienen los gitanos al benemérito Cuerpo. Un día que se paseaba Sanjurjo por la calle de la Sierpe, de Sevilla, un gitano—al que había ayudado algunas veces con su dinero el marqués del Rif—se acercó al general, lo saludó con mucha reverencia y le dijo en tono quejumbroso y dolido: «¿Usted también, don José, se ha pasado al enemigo?»

Un fracaso lleva muchas veces en su seno una futura victoria. Los patriotas que con Sanjurjo se lanzaron a la calle aquel 10 de agosto de 1932 a luchar contra la maldad del marxismo que corroía al país, constituían la vanguardia de las legiones españolas que poco después, en julio del 36, guiadas por Franco, limpiaron al país de alimañas, restituyendo a España su dignidad, su prestigio histórico y la confianza en su propio destino.

JULIO ROMANO

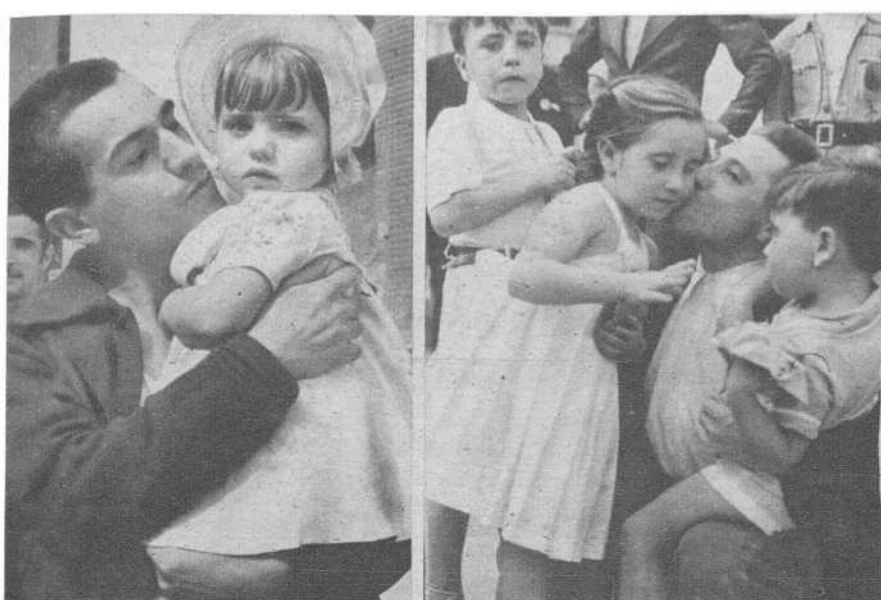


↑ La celda número 52 del Penal del Dueso, donde el gran español y ferviente patriota que fué el general Sanjurjo, pasó los días que precedieron a su destierro a Portugal

← Las horas del Penal del Dueso son alegradas por la visita de su esposa e hijo, que en esta época han trasladado su residencia a Santander para estar lo más cerca posible del general
(Fot. Campúa)

La vileza de los marxistas se manifestó con la crueldad en ellos habitual. Sanjurjo sufrió, en sus días del Penal del Dueso, el trato del más vulgar de los delincuentes y se convirtió en el «penado número 52»
(Información gráfica de A. P. G.)





La nena se ha puesto su mejor vestido para ver a papá

Durante unas horas, los hijos han vivido con sus padres



La merienda en el patio, en alegre corro con los reclusos

La magnanimidad de la justicia del Caudillo

Esta semana ha tenido lugar, en la prisión provincial de Porlier, un sentido y emocionado acto, permitido por la generosidad de la justicia del Caudillo. Con motivo de haberse administrado la Comunión a los reclusos, los hijos de éstos tuvieron la oportunidad de pasar la jornada junto a sus padres, llevando hasta ellos su cariño y su infantil alegría. Ofrecemos aquí varias notas gráficas de la simpática fiesta, debidas al objetivo de Hess.

El director de Porlier, don Amancio Tomé, con los hijos de los presos

El padre sonríe, feliz y satisfecho, con su pequeño entre los brazos



fotos

De SÁBADO a SÁBADO

RUMBO — LA DURACION DE LA GUERRA

A pesar de los siniestros augurios últimamente extendidos respecto a la duración de la guerra, termina la semana trayéndonos la esperanza consoladora de que ésta puede acabarse y hasta en plazo muy corto. La teoría de Rusia, la de los Estados Unidos y otros países no beligerantes, pero con un interés demasiado visible hacia ella, era la de que se trataba de una guerra cuyo final, por la terrible brevedad de la vida humana, difícilmente ninguno de los nacidos pudiera alcanzar a verlo. Así lo ha declarado el comisario Molotov en su reciente discurso ante el Consejo Superior de los Soviets, y algo semejante da a entender todos los días el presidente Roosevelt, con esas peticiones de créditos fabulosos para armamentos que nadie sabe cuándo se van a utilizar.

Esto, sin embargo, no era lo que más alarmaba a la opinión del mundo. Demostrado suficientemente, desde septiembre, que cada uno no habla de la guerra como le va en ella, sino como quisiera que le fuese, la actitud de los Estados Unidos y de Rusia se explicaba muy fácilmente. Cuanto más la guerra durase, mejor para el país que por algo la encendió en España y sólo tras años de lucha y devastación conseguiría la Europa destruida, maleable ya, de cera para sus propósitos, a donde extender la terrible dictadura iniciada sobre el suelo nacional. Y mejor también para los Estados Unidos, con su sueño de dominar todo el continente americano y poder lanzarse algún día a la guerra intercontinental, latente allí casi desde que nació a la historia.

Dos periodistas italianos, Ansaldo y Gayda, con su enorme autoridad y que casi siempre que escriben difunden el pensamiento más alto del país, nos quitaban ilusión tras ilusión. «La guerra contra la Gran Bretaña — decían — no puede ser una guerra fulminante y espectacular, como ha sido la de Francia». «Parece poco probable que se combata sobre el suelo mismo de la Metrópoli británica». «Inglaterra es un Imperio y para vencerla definitivamente hay que llevar la victoria a todos y cada uno de sus dominios». Afirmaciones semejantes y por tal gente hechas, tenían que ser hijas de la convicción, obedecer a una consigna, no expresar sencillamente un deseo. ¿Qué interés pudiera tener Italia en la prolongación de la lucha? ¿Es que Alemania, por su parte, lo tenía también? Algo como un escalofrío sacudió al mundo al ocurrírsele este pensamiento. Los neutrales, los a cubierto aun de amenazas y peligros, no por afición a los espectáculos nunca vistos, sino por la conciencia instintiva de que nada serviría mejor al interés general, sólo anhelaban la guerra rápida, la guerra fulminante, como habían visto hacerla a los alemanes sobre Polonia, sobre Noruega, sobre Holanda, sobre Bélgica, sobre Francia.

Sería más dura que otras llevadas a ritmo diferente, pero por la brevedad de su duración era mucho más humana. Y de pronto se renuncia a hacerla así, y no para abandonar la guerra definitivamente, sino para darle otra forma. ¿Por qué? ¿Qué podía desanimar a unas gentes cuyo ímpetu nada contuvo hasta entonces? Tratábase apenas de una falsa alarma. La guerra corta, que sólo puede serlo con el ataque a Inglaterra, vuelve a ofrecerse al mundo interesado por conseguir cuanto antes la paz. Oficialmente nada se dice al respecto. Los periódicos, obligados a obediencia, tienen orden de un silencio absoluto. Tal vez por eso, tal vez incluso para más despistar, los informadores oficiosos de Italia nos sumieron deliberadamente, con sus informes, en la confusión y el pesimismo. Pero cosas de tal importancia difícilmente pueden tenerse en el secreto que a sus organizadores agradaría.

Francia, la Francia libre, sabe que repentinamente se le han cortado las comunicaciones de todas clases con la Francia ocupada. Los telégrafos y los teléfonos no pueden utilizarse. Por los caminos está prohibido transitar. Los periódicos, sin obligación de guardarle a nadie este secreto, lo dicen. Y dicen más. Dicen que de noche, para sustraerse sin duda a vigilancias peligrosas, verdaderos torrentes de hombres y de material bélico están pasando, por todas las rutas, hacia las costas del Norte. Se siente la trepidación de la tierra como si se anunciase un inmenso temblor, una sacudida espantosa en las entrañas mismas del Continente. ¿De qué puede tratarse — añaden — sino de los preparativos gigantescos para la ofensiva contra Inglaterra? Y como son franceses, amigos de las palabras bonitas, terminan así: «Del crepúsculo al alba, el movimiento no se interrumpe. Movimiento que se extiende desde el Suroeste de Francia a los puertos belgas de la costa». Por otra parte, se sabe que Hitler lleva varios días aislado con sus ministros.

Todo confirma, en efecto, la inminencia de la ofensiva.

¿Pero qué más, si la propia Inglaterra parece a su vez desecharla? A Duff Cooper, que no sabe nada de cuanto ya está tan claro, lo llena diariamente de improperios. ¿Qué ministro de información es éste? — dicese todo el mundo allí—. Churchill, más sagaz por lo visto, declaró recientemente que no ha pasado el peligro de una invasión alemana. Y la Prensa, unánimemente, señala el mes actual como el más favorable para el ataque. Cualquiera diría que se dirigen a Hitler animándole: «Ya lo sabe usted. No desaproveche la ocasión». No parece sino que Inglaterra quiere también acabar esto cuanto antes y como sea. Como sea, pero pronto, salir de la pesadilla. ¿Y quién sabe! Si que la guerra termine así disgusta a Stalin y a Roosevelt, el propósito de sacarla de su actual quietud, aunque sólo sea por eso, merece todas nuestras simpatías.

Y algo quiere decir que al simple anuncio de la proximidad de la ofensiva, no obstante su violencia inevitable y sus daños terribles, no ya los neutrales, sino los propios hombres dispuestos a sufrirlas, hayan hecho de su esperanza como un río tibio corriendo por el mundo a calentar el corazón de la Humanidad.

LA GUERRA EN EL MAR Y EN EL AIRE

PRELIMINARES DE LA BATALLA CONTINENTAL



Una reciente fotografía de las hijas de los reyes de Inglaterra, las princesas Isabel y Margarita, en su diario paseo matinal por la residencia en que están viviendo durante la guerra



↑ La princesa Margarita, hija menor de los soberanos británicos, vive, con su hermana, lejos de Londres, fuera del peligro de la contienda, en una hermosa finca que la real familia posee en algún lugar de Inglaterra

La primogénita de los reyes ingleses, princesa Isabel, lleva, con su hermana, una vida placida y tranquila, lejos de la capital inglesa, en la magnífica posesión donde ambas habitan desde hace varios meses

(Fots. Ortiz)



RESUMIENDO las actividades de los seis primeros meses de guerra, el Mando Supremo alemán publicaba hace tiempo una primera relación de unidades navales inglesas hundidas. Un acorazado, un gran portaaviones, ocho destructores y navíos auxiliares aparecían en la lista de las bajas definitivas. Muchos más buques figuraban como averiados gravemente. La Marina mercante británica o neutral al servicio de Albión aparecía con 75.000 toneladas perdidas y 200.000 averiadas. La Aviación había hundido por sí sola 45 unidades de la flota de guerra británica en ese tiempo. Sin embargo, cuando este comunicado aparecía — el 2 de marzo del año actual — la guerra en Occidente no había entrado aun en su fase de actividad. Desde entonces acá las cosas — el lector lo sabe bien — se han agravado mucho para la Gran Bretaña. Muchísimo, diríamos mejor. Entre el 8 de junio y el 8 de julio últimos los ingleses han perdido 675.000 toneladas hundidas por submarinos alemanes; 346.000 por la Aviación enemiga, y 36.000 por unidades de mayor o menor desplazamiento de la Marina germana. En total más de un millón de toneladas en cuatro semanas. Y la acción contra la Marina rival se acentúa progresivamente por parte de las armas del Reich. A las cifras que dábamos en nuestra crónica anterior añada el lector: la proeza del teniente de navío Kretschmer, que ha hundido en un solo cruceo 56.118 — el submarino de este oficial ha echado a pique, en la campaña, ¡117.367! toneladas —; el hundimiento, también, por el destructor italiano «Ugolino, Vivaldi», del submarino oceánico «Oswald», de más de 2.000 toneladas — es decir, un sumergible gigante — y, en fin, para no hacer el relato interminable, la derrota del crucero auxiliar, asimismo inglés, «Alcántara», gran navío de 22.000 toneladas, por un buque alemán auxiliar también, aunque de menor desplazamiento, que le ha obligado a refugiarse en Río de Janeiro con averías muy graves.

Frente a la ofensiva naval contra las comunicaciones británicas añada el lector la acción pertinaz de los aviones de la cruz gamada. El bombardeo de Dover ha sido a este particular impresionante. Las alas germanas unen, en beneficio de su acción, a la ventaja que les da su propia hegemonía, la de la superior eficiencia también de la antiaeronáutica alemana sobre la inglesa. Los artilleros de la defensa antiaérea británica no parecen tener suerte. El avión que reconoce casi a diario Gibraltar — y al que la ironía andaluza le ha apodado con el nombre de «chivato» — no parece inquietarse demasiado de la D. C. A. del Peñón. Mucho más eficiente se muestra la artillería antiaérea germana, que se apunta, en once meses de guerra, ¡1.230! aviones enemigos derribados.

En Inglaterra se acusa, como es natural, la marcha de los acontecimientos. En los países democráticos y parlamentarios esta agitación se manifiesta siempre en el campo político. Y así ocurre, en el momento de escribir estas líneas, también en Londres. La Gran Bretaña teme. Y se apresura a organizar el Cuerpo de franco-tiradores. Sin duda sus instituciones arma-

das no le parecen suficientemente eficaces para asegurar el porvenir.

Inglaterra, la soberbia Albión, ve, en estos instantes, más resquebrajada que nunca su estrategia tradicional. De hecho estaba acostumbrada a hacer la guerra con el apoyo de un fuerte aliado continental que ahora precisamente falta. Le queda aun su Marina. Es cierto. Pero la ve mermarse rápidamente, sin que le sea posible asegurar su hegemonía en el mar y la libertad de las comunicaciones, porque la fórmula de la batalla naval clásica, que tanto gustaba a Nelson, no es ahora posible, ya que el enemigo busca la decisión en el mar por medio de acciones parciales. Inglaterra ve, en efecto, que la concepción de la guerra que se había fabricado desde hace siglos en el Almirantazgo no le sirve ahora.

Todo parece vacilar. Todo muda. Al inglés se le había educado en un espíritu contrario diametralmente a lo que ahora pasa. La política naval inglesa se basaba en la «safe communications», que es justamente lo que ahora falta. El sentimiento nacional inglés se recogía bien en estas estrofas del autor de «Mariners of England», Tomás Campbell:

«Britannia needs no bulwarks... Her march is over the mountain waves, her homes is on the deep.»

(«Inglaterra no tiene necesidad de fortificaciones... Su marcha es por encima de las olas enfurecidas... Su reinado es el Océano»).

¡Pero cuánta distancia no hay entre la poesía y la realidad! ¡Lo más grave, sin embargo, para Inglaterra es que los versos del poeta escocés reflejan muy bien tanto la mentalidad del hombre de la calle, del «the man in the street», como la de Westminster. Por eso la Marina Real estaba por encima de todos los partidos y de todas las políticas. Mientras que el Ejército pertenecía, constitucionalmente, a la nación, al pueblo, la Marina pertenece a la Corona.

Tucídides, en la antigüedad, observaba, al contrario, la psicología marinofobia de los pueblos mediterráneos. Las ciudades se construían siempre fuera de la costa, para huir de la piratería. Estrabón, gran geógrafo de la época, hacía idénticas advertencias. Platón pensaba que la ciudad perfecta debía de estar a ochenta estadios del mar. Para Aristóteles, las ciudades marítimas eran rebeldes a toda disciplina política. ¡He ahí, frente a la marinofilia de Inglaterra, la marinofobia triunfante!

A la verdad, sin embargo, la vida humana, de entonces acá, se ha trasladado del interior al mar. Las propias ciudades poco internadas en tierra se han visto pronto desdoblarse formando nuevas ciudades-puertos, que han terminado, en más de una ocasión, por desplazar la vida totalmente hacia la costa. La periferia inglesa es Inglaterra propiamente dicha. Allí, en la costa, está, en general, la máxima actividad; casi siempre las máximas concentraciones industriales; el trasiego incesante de un tráfico vital... Justamente lo que ahora parece estar más amenazado. ¿Estarán Tucídides, Estrabón, Platón y Aristóteles en lo cierto? Evidentemente, no. Los tiempos han cambiado radicalmente. El mar atrae hoy más que repele. El yerro de Inglaterra, sin embargo, puede ser otro. Los mayores y más graves y trascendentes errores en la guerra, decía con razón Gustavo Le Bon, son los psicológicos. Al pueblo inglés se le ha educado en la idolatría de la Flota, en el culto al mar. Está bien; pero sólo en cuanto no fuera ello exclusivo. Inglaterra, en su marinofilia, en su exaltación marinera, ha descuidado, hasta ignorarlo casi, que el dominio de las comunicaciones, la «safe communications», es esencial para hacer la guerra a una isla; pero que no basta por sí solo para ganarla. El adversario también ejerce libertad de comunicaciones en el Continente. Y un mal día — ahora acaba de hacer exactamente treinta y un años — un avión, pilotado por Bleriot, llegado en vuelo a Inglaterra desde el Continente, descubría las posibilidades bélicas de la aeronáutica de las que ahora se aprovecha la Aviación germana.

Está bien la primacía de la Flota en un país insular. Pero Inglaterra ha hecho mal en no comprender el valor de la Aviación. Y ha errado gravemente no creando un Ejército eficiente y numeroso capaz de defender en el Continente una amplia cabeza de puente que hiciera imposible el despliegue estratégico actual del adversario. Tales han sido los graves errores psicológicos de Inglaterra. Ni un solo inglés pareció advertirlo a tiempo. Ni Baldwin siquiera, que situaba la frontera británica en el Rhin. A la hora de la verdad, los ingleses, a una, piensan todos como pensara Tomás Campbell: ¡Inglaterra no tiene necesidad de defensas...! He aquí, por ello, el drama terrible que plantean ahora, para Albión, los acontecimientos. La incompreensión es la falta más grave de la guerra.

JOSE DIAZ DE VILLEGAS

ITALIA EN LA GUERRA

LAS DIVISIONES DE LIBIA EN LA BATALLA

(Un gran reportaje de la lucha en el Africa del Norte, exclusivo para FOTOS)



↑ El avance, por las inhóspitas
tierras desérticas del nor-
te africano, de una sección de in-
fantería de las tropas coloniales
italianas

Los cañones antitanques y anti-
aéreos son descendidos y monta-
dos a toda prisa, porque en cual-
quier instante puede aparecer
el enemigo ↓

A la cabeza de la columna de
los Bersaglieri van los tiradores
en motocicleta, con sus caracte-
rísticas plumas sobre el
casco →





La infantería avanza. Enrollada, la bandera espera el momento de desplegarse, victoriosa, a la hora de la lucha

HAY, en los inmensos desiertos africanos, una lucha tenaz, silenciosa y dura, bajo un clima cruel, con marchas agotadoras y esfuerzos titánicos. Es la lucha que sostienen los italianos contra los ingleses en las arenas quemadas por el sol.

El comunicado militar italiano puede anunciar diariamente los éxitos de sus tropas en el Norte de África. Con su excelente tropa de indígenas, las fuerzas de vanguardia cruzaron la frontera Nordeste del Sudán y ocuparon, como es sabido, la fértil llanura de Cassala. Poco tiempo después, el grueso del Ejército tomaba posesión de la entrada al Sudán.

Los combates en estas regiones comenzaron bajo el mando del mariscal Balbo, gobernador general de Libia, que encontró recientemente muerte heroica. Las tropas italianas tienen enfrente un enemigo fuerte, bien armado y bien entrenado, lo que valora aun más los éxitos que están consiguiendo gracias al espíritu revolucionario de combate que el Duce ha sabido inculcar a sus soldados y transmitir igualmente a las tropas coloniales del Imperio.

Las noticias recientes demuestran la intensificación, por iniciativa italiana, de la campaña de África. La toma del puerto de Zaila, en la Somalia Africana, tiene excepcional importancia por su posición en el Golfo de Aden, base que se encuentra, a la hora de escribir estas líneas, seriamente amenazada.

También han ocupado Oadweina y Hargeisa, y tres columnas, separadas entre sí unos cien kilómetros, se dirigen hacia Berbera, sin que los contraataques realizados por las fuerzas motorizadas inglesas hayan tenido hasta ahora eficacia.

Por otra parte, un ataque a Egipto parece, según todos los síntomas, inminente. Este ataque partiría de Libia, donde se



← La marcha a través del desierto, entre los camiones donde van colocadas las piezas de artillería para protegerse contra una aparición de los tanques enemigos

↑ La marcha de las operaciones es transmitida por T. S. H. al Gran Cuartel General (Fots. E.)



calcula que los italianos han concentrado unos doscientos cincuenta mil hombres.

El magnífico esfuerzo de Italia en las tierras africanas entra, pues, ahora, en su período máximo y los resultados de esta gran ofensiva emprendida no se harán seguramente esperar mucho tiempo.

Los obstáculos que el clima y la Naturaleza ponen al avance de los Ejércitos del Duce son salvados por la excelente preparación física de los combatientes y más que nada por su insuperable espíritu de victoria, por su fe en el triunfo. Así, ni las penosas marchas de muchos kilómetros, ni el ardiente sol africano, son suficientes para rebajar la alta moral de estos heroicos luchadores que en la gran página del desierto están escribiendo uno de los capítulos más brillantes de la Historia militar italiana.

¿Por qué no?

Usted también puede tener
un rostro impecable, sin
manchas, pecas ni huellas
de granos y viruelas. Basta
para ello que use

VISNU



★ EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL ★



Un guardián

contra las enfermedades de la piel.
BARACHOL cura la sarna sin baño ni
desinfección de ropa, aplicando la po-
mada solo en las manos. Ideal contra
granos, eczemas y erupciones. Muy
superior a todo otro tratamiento.

BARACHOL

VENTA EN FARMACIAS

Pósito de Pescadores

de Villanueva y Geltrú



¿Quiere tener en casa agua co-
liente disponible a cualquier hora
del día o de la noche?

El Calentador eléctrico DANY,
de fabricación nacional, le dará
esos resultados.

Para el afeitado, lavado de ropa, asear al niño
o preparar el baño, lo obtiene en pocos minutos,
ahorrando tiempo y dinero. De
fácil manejo y máxima garantía.

En toda casa, DANY es indis-
pensable.

De venta en todos los buenos
establecimientos de electricidad.
PRECIO: 60 PESETAS



RECTIFICACION En el núm. 175 de FOTOS, en la
página titulada **Posada del**
Mar, apareció, por error, en la dirección de la Casa de Elec-
tricidad de don. Hermenegildo Morales, la calle de Salvador
Molina, núm. 34, cuando en realidad esta Casa tiene sus Ta-
lleres en la calle de Salvador Martínez, núm. 34,
Teléfono 74425, donde se pone a disposición de sus clientes

giratorias y graduables
metálicas con asientos y respaldos
en madera curvada y barnizada, muy sólidas
poco peso
Escribanos:
Apartado 103 - San Sebastián



Señora:

**CUTIS FINO
Y MACARADO**
RESTAURADOR CACHO
IDEAL DE BELLEZA

Infalible para curar GRANOS, MANCHAS
y PECAS de la piel

Distribuido para MADRID: D. FEDERICO BONET, S. A.
BARCELONA: Sres. HIJOS DEL Dr. ANDREU

PARA TÍ, LECTORA

La moda en reposo

No es frecuente que los creadores de elegancias para la mujer se tomen el menor descanso y abran un paréntesis de quietud entre una y otra estación. Esta vez, sin embargo, así ha acontecido. Sin penetrar en las causas de este insólito hecho, registremoslo como suceso evidente. Los modistos todos de Europa, en tácito acuerdo, después de haber lanzado sus últimas creaciones estivales, han hecho un alto en su labor y no han introducido modificaciones sensibles en la moda de Otoño. Ello, claro es, en lo que se refiere estrictamente a la línea, a la silueta, que en punto a la diversidad de modelos, ésta sigue siendo copiosísima. Pero la silueta, que es la que realmente intranquiliza a la mujer, no ha variado, no ya en los trajes, pero ni siquiera en los sombreros y tocados, que continúan acusando una positiva influencia italiana.

Por lo que a los vestidos se refiere, el «tailleur» conserva su, por lo visto, invulnerable hegemonía y así hemos visto, en las colecciones exhibidas últimamente, la más extensa variedad de modelos de este estilo y la más insospechada profusión de tendencias dentro de la misma norma.

En las demás creaciones — obsérvese una gran preocupación para dotar a los indumentos deportivos femeninos de una orientación nueva que les libre de aquella sensación de pesadez que antes solía caracterizarles.

Los abrigos de «sport», por el contrario, prescinden en absoluto de la belleza externa, para convertirse en prendas realizadas con el exacto sentido que exige su uso. Líneas escuetas, tejidos fuertes, hechuras amplias, grandes bolsillos y cuellos de confortable anchura. No falta en ellos la piel más o menos costosa, pero simplemente como detalle de suntuosidad y sólo en aquellos modelos que no tienen aplicación deportiva propiamente dicha.

Para los abrigos de calle, tampoco demasiado complicados, predominará durante el Otoño, y aun en el Invierno, la tonalidad severa, que sólo en los días claros y soleados podrá ser modificada con alguno o algunos detalles — el sombrero, el bolso, los guantes — de brillante coloración, que quiebre excepcionalmente la austera tonalidad impuesta.

En los trajes de noche también deja sentir su cada vez más extensa influencia el «trois pièces», realizado, como corresponde a un atuendo de lujo, en materiales pródicos e influenciado por un lógico sentido de la suntuosidad. Para los atavíos que pudiéramos llamar de «gran gala» — bailes, cenas, espectáculos selectos — el «taffetas» y el tul de seda vuelven a cobrar el auge que gozaron en épocas no demasiado remotas, pero que habían perdido evidentemente. Ciertamente, que el terciopelo y las sedas, en su extensa variedad, tienen también lucida representación en los modelos de última hora, pero la proporción es favorable a los materiales señalados. Unas breves chaquetitas realizadas en tejidos cuya coloración armonice con la del traje de noche, son el complemento indicado de estos atavíos.

Como decimos al principio, la línea, inquietud constante de la mujer, no ha variado. Cuesta no poco trabajo convencerse de tan extraño acontecimiento y es forzoso realizar un gran esfuerzo para no tratar de averiguar las causas fundamentales de este hecho, en el que acaso no haya dejado de in-

He aquí unas sandalias creadas por el gusto alemán. Son de piel blanca y roja, con suela de madera (Fot. V.)



Para el próximo otoño, la Moda ha creado este elegante abrigo de paño, guarnecido con piel de astrakán y completado con un gracioso sombrerito de fieltro (Fot. V)



↑ Moda de otoño. Abrigo de lana en tono obscuro, con hombreras y cuello en lana de tono más claro (Fot. V.)

Traje de tarde, en seda negra brillante, de evidente originalidad y elegancia. Lo completa un breve sombrerito adornado con plumas de diversos tonos (Fot. Vidal)



fluir el estado actual de Europa. Sin embargo, ni siquiera este razonamiento puede satisfacerlos, ya que Alemania, en plena tensión bélica, no sólo ha atendido y atiende las actividades todas del país, sino que también a esta trivialísima de las elegancias ha dedicado una importancia excepcional, incrementando su producción, depurando su estilo y acrecentando la exportación de sus creaciones, por otra parte cada día más acertadas y atrayentes. Pero no insistamos más. Consignemos el hecho como cumple a nuestra misión de escuetos orientadores en este arte, lleno de atractivos y sugerencias, de la elegancia femenil, sin dedicar a estas especulaciones inquisitivas, innecesarias, por lo demás, a nuestro propósito, un espacio que tan precioso es en las actuales circunstancias.

LENA

fotos



La población y los soldados alemanes han reconocido al conde Ciano, quien es rodeado por los combatientes germanos y obligado a dedicar numerosos autógrafos



El conde Ciano inspecciona un carro francés de combate víctima de las bombas alemanas. Detrás del ministro se ve a Alfieri, embajador italiano en Berlín

Del viaje del ministro de Negocios Extranjeros de Italia a Alemania

C I A N O

(Un reportaje gráfico)

La última visita del ministro de Negocios Extranjeros de Italia a través de Alemania ha sido prolongada por un viaje al frente, en el que el conde Ciano ha recorrido las regiones francesas y belgas ocupadas por los alemanes.

Este viaje ha durado dos días, durante los cuales el conde Ciano se ha detenido con especial interés en la línea Maginot y en el fuerte de Douamont, cerca de Verdún, donde el general Weisenberger explicó al ministro todas las fases de la batalla en la que se conquistó la fortaleza. El segundo día lo empleó Ciano en una excursión a través de las



El ministro italiano, conde Ciano, al lado del general Weisenberger en el fuerte Douamont, la fortaleza que los alemanes tomaron durante su avance



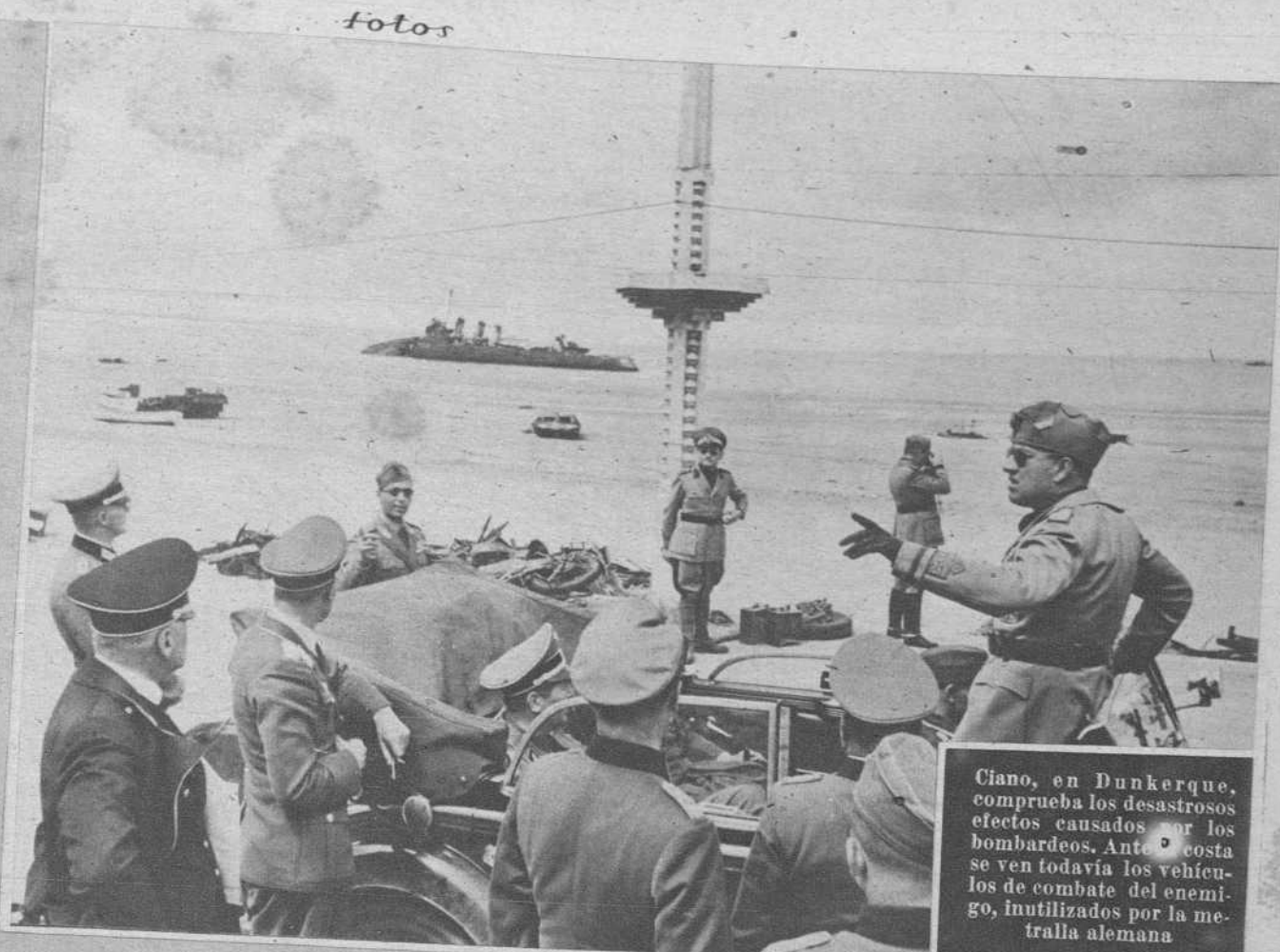
VISITA LOS FRENTES

(Exclusivo para FOTOS)

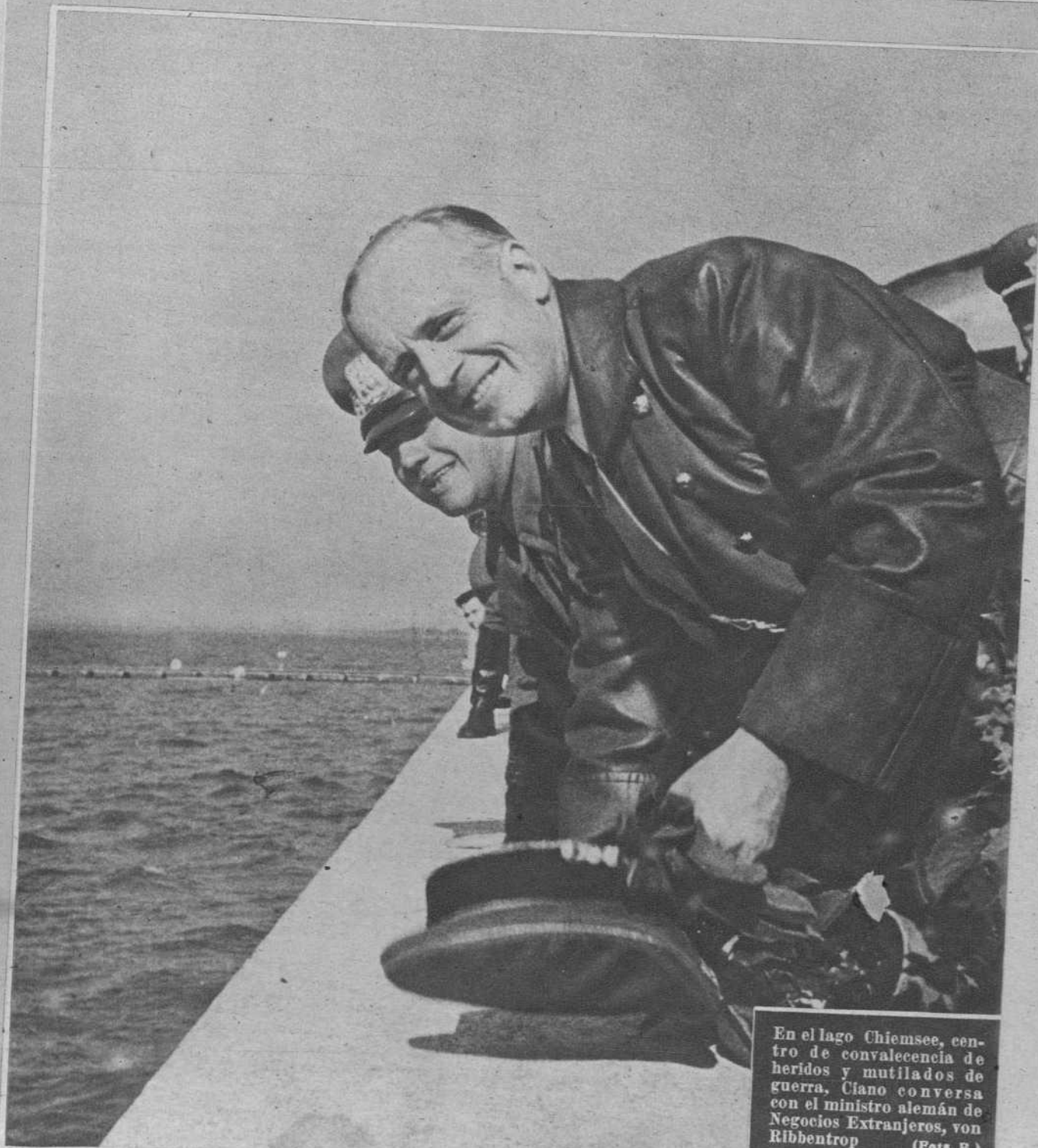
principales regiones de combate de la costa de Canal.

En Metz, donde habitan millares de italianos, el conde Ciano fué aclamado calurosamente por la población y en otros sitios fué objeto de vivas manifestaciones de simpatía.

Con una visita a Bruselas, donde se le hizo un recibimiento cordial, terminó este interesante viaje, en el que el conde Ciano fué acompañado por el general Dittmar, el jefe de protocolo, barón von Dörnberg, y el embajador de Alemania en Roma, von Mackensen.



Ciano, en Dunkerque, comprueba los desastrosos efectos causados por los bombardeos. Ante la costa se ven todavía los vehículos de combate del enemigo, inutilizados por la metralla alemana



En el lago Chiemsee, centro de convalecencia de heridos y mutilados de guerra, Ciano conversa con el ministro alemán de Negocios Extranjeros, von Ribbentrop (Pots. B.)



de Negocios Ex-
ano, acompaña-
ttmar, visita el
erca de Verdún,
ermanes conquis-
etoriosa campa-
ancia

DESDE 1704...

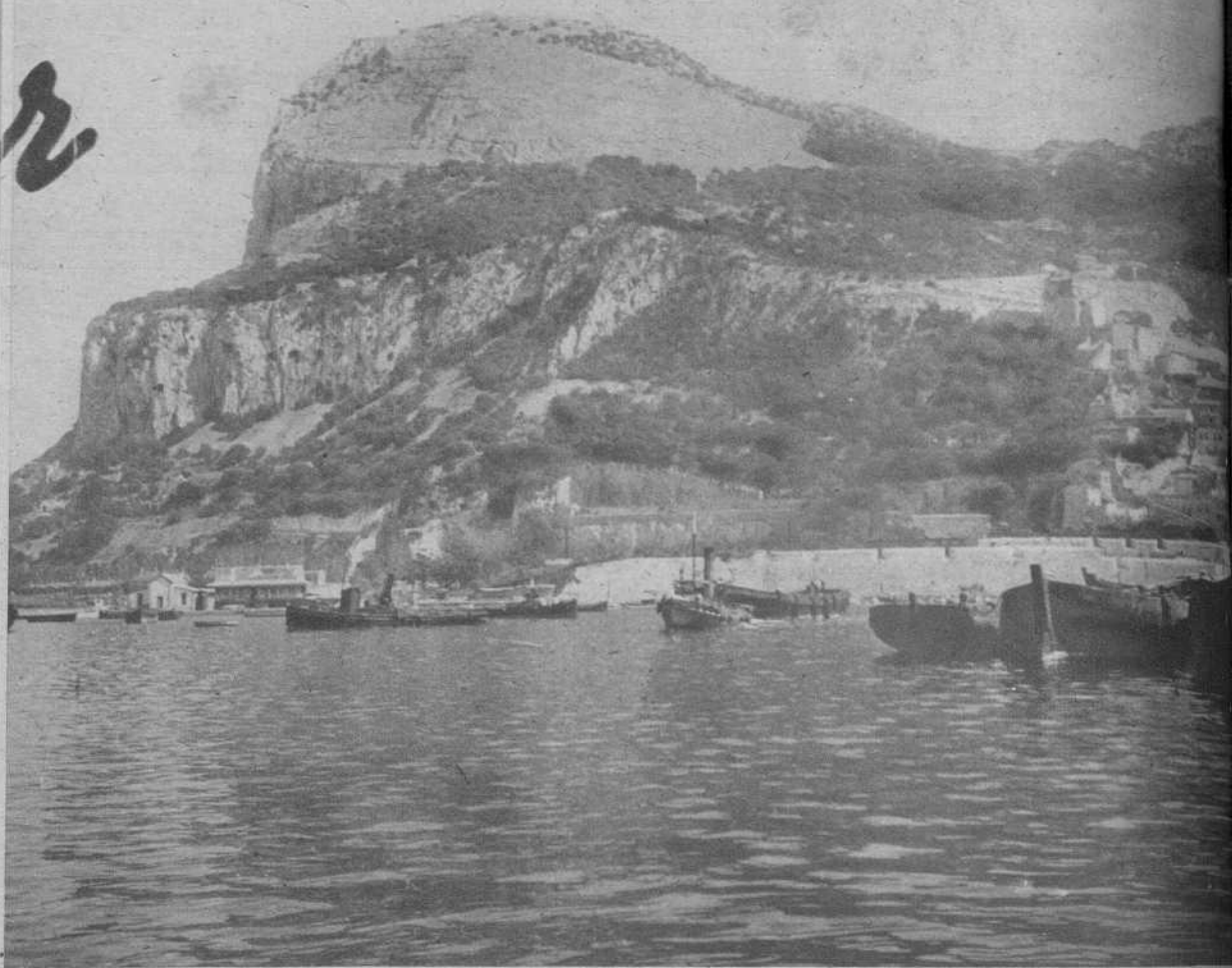
La españolísima tierra de

Gibraltar

El león hispano, rugiente y vigilante, erguía su altiva cabeza en la punta terminal del mundo antiguo. En ese Estrecho, abierto, según la vieja leyenda, por los brazos robustos de Hércules, se levantaron dos columnas, dos jambas montañosas, ingentes y rocosas, que montarían guardia permanente en el umbral del Mediterráneo. «Calpe»—«Julia Calpe»—y «Abyla» se llamaron esos centinelas de piedra, cuando fenicios y romanos ponían guirnaldas de plata a las áureas columnas herculinas. Más tarde fué Calpe la Yebel-al-Tarik de los árabes, de donde le viene el nombre sonoro de Gibraltar. León hispano, punta de Europa, buque de piedra empotrado en la hispánica arena, soldado al continente para hacer con el Hacho la eterna guardia marina y en la puerta que encierra un mundo de viejas leyendas y abre otro de modernas epopeyas.

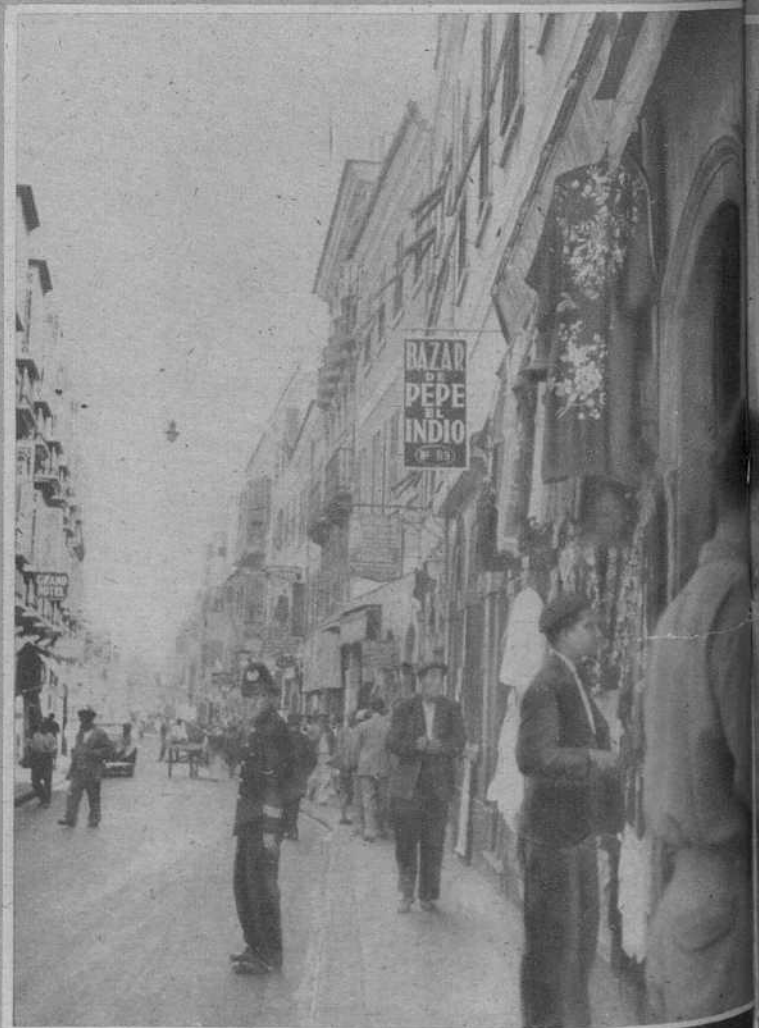
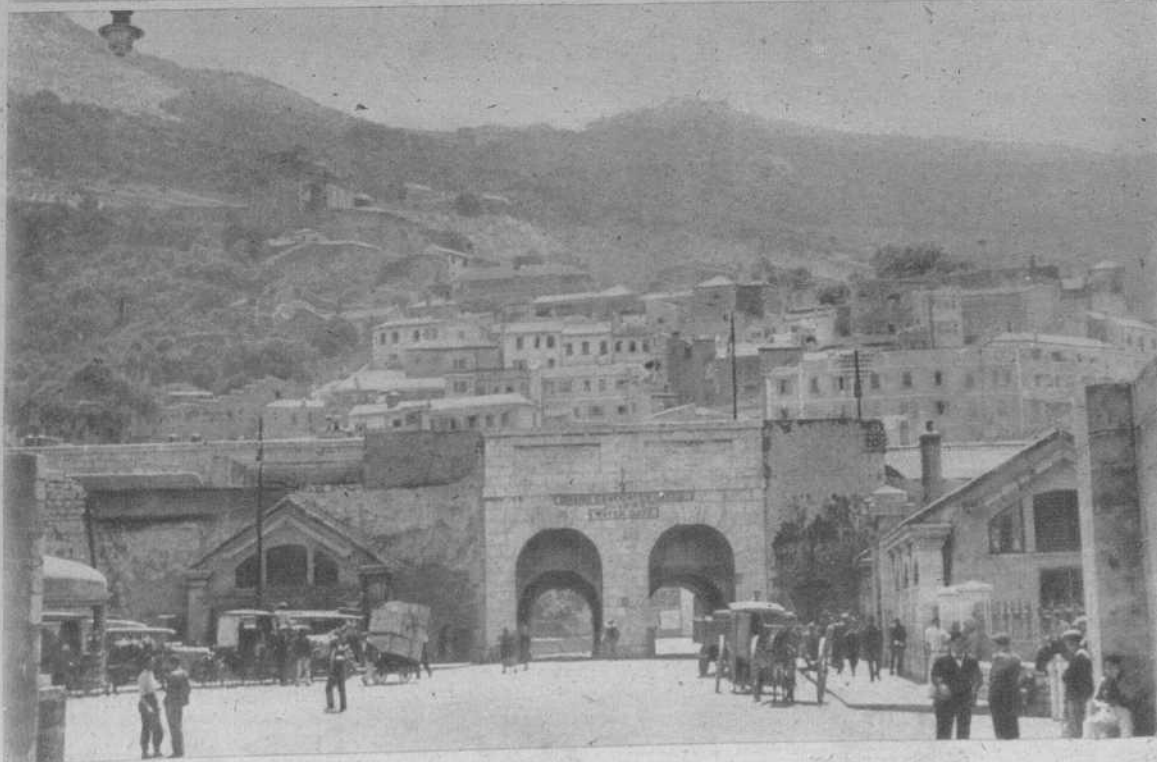
Roca ingente, macizo pétreo, con una altura máxima de 422 metros, sus laderas caen por el Este y Norte en taludes vertientes, formando, al bañarse en las aguas, una ligera cala, denominada la Bahía de los Catalanés. Por su parte Sur y Oeste, el Peñón abandona su rocosa plomada y baja ondulante dando lugar a que crezcan el áloe y la palmera. Por osas haldudas laderas bajan las ringleras de casas, bien agarrotadas a las peñas, con afán de horadarlas haciendo del buque pétreo palacio confortable. En su lado Oeste se abre el puerto magnífico, ya que mide 450 acres y tiene un calado de 30 pies.

Gibraltar es, como puede fácilmente colegirse, una cabeza de puente en el Mediterráneo. Menorca constituye la otra cabeza de puente en el mar latino. Tierra sagrada de España, hubo de ser cercenada de la madre Patria por aquellos días angustiosos, turbios de ambiciones, de la Guerra de Sucesión. En 1704, el almirante inglés Rooke ocupa Gibraltar en nombre de España. La guarnición de la plaza, escasísima—ochenta soldados al mando de un bravo jefe: Diego de Salinas—se ha defendido con singular heroísmo. La población civil ha tomado parte, corajudamente, en la contienda. Pero la potente escuadra inglesa lanza metralla, en un duelo tan desigual, que los héroes de España deciden capitular cuando el hambre asedia y los cañones del Fuerte no disparan. En nombre de España—del pretendiente Carlos III—ha tomado la Marina anglo-holandesa el Peñón. Pero el almirante Rooke decide retenerlo para Inglaterra.

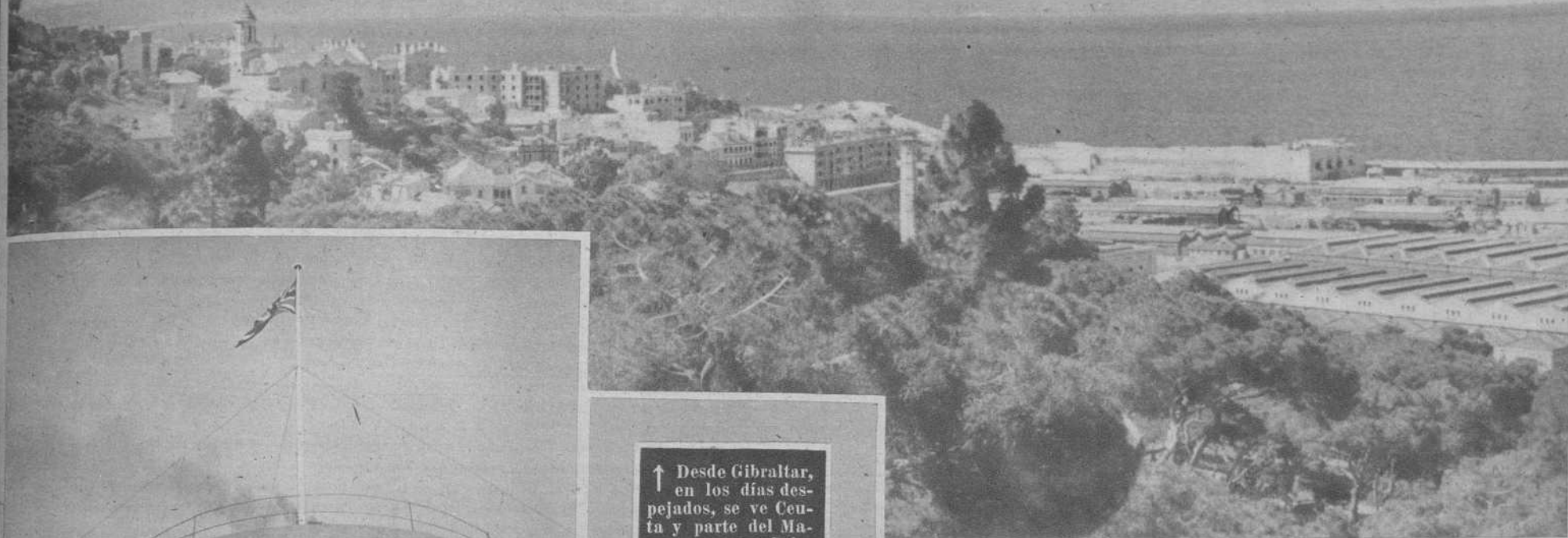


↑ Una vista parcial del Peñón. A la derecha, el castillo moro que sirve de entrada a las galerías, en las que pueden refugiarse durante los ataques aéreos seis mil personas de la población civil (Fot. M. A.)

La entrada a la plaza de Gibraltar, tierra sagrada de España, cercenada de la madre Patria en los días turbios y angustiosos de la Guerra de Sucesión (Fot. Ortiz) ↓



«Main Street», calle real... Comercios de rótulos exóticos que han tenido que cerrar sus puertas (Fot. M. A.)

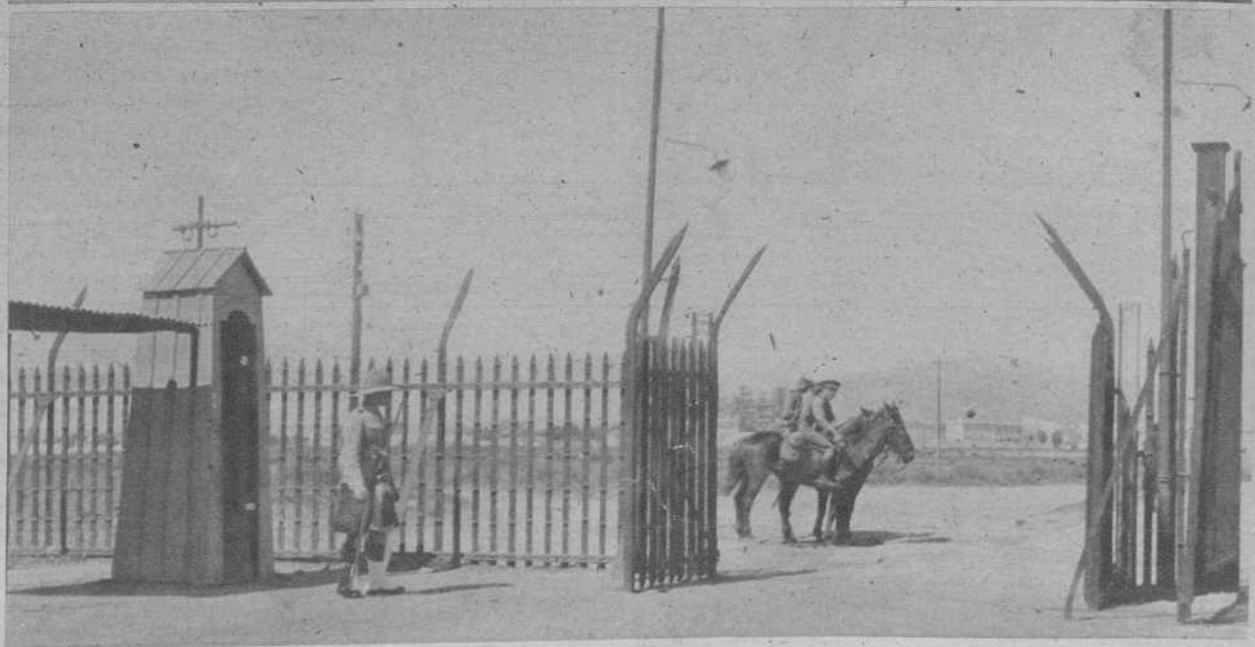


↑ Desde Gibraltar, en los días despejados, se ve Ceuta y parte del Marruecos español (Fot. Ortiz)

← El Bastión del Rey constituye hoy un refugio para bombardeos capaz para ochocientas personas

Cuando aun la guerra no había llegado a Gibraltar, los marinos ingleses pasaban largas horas en los bares hoy cerrados (Fot. Ortiz)

La frontera que ha de desaparecer. A un lado, el centinela inglés. Al otro, la patrulla española (Fot. M. A.) ↓



Años después llega la paz y se firma el Tratado de Utrecht un 13 de julio de 1713. Las dos cabezas de puente en el Mediterráneo—Gibraltar y Menorca—han pasado a depender del Imperio inglés que nace. Al cabo de tiempo, Menorca es reconquistada para España; no así Gibraltar. El empeño de su reconquista es arduo y largo.

Ya en el mismo año de 1704 se inicia la lucha, que prosigue en 1705 y en 1726. Continúa un largo período de calma y de abulia y en 1779 se reanuda la batalla, que dura tres años, siete meses y doce días, y en la que retoñan la bravura y el ingenio de nuestros capitanes y soldados.

La lucha por la reconquista de Gibraltar no es tanto por su valor estratégico como por su valor moral, como por ser tierra sagrada de España. En nuestras luchas con Inglaterra, el Peñón ha carecido de valor estratégico, ha dicho certeramente un gran historiador. Pero también es verdad que la firma del Tratado de Utrecht marca la fecha del comienzo lento de nuestra decadencia. «Con el Tratado de Utrecht—escribe el notable publicista Ignacio Olague—se quiebra la influencia latina en el Continente, y en este sentido la derrotada no era España».

Nosotros teníamos aun un formidable poderío naval. Las galeras hispanas, si pesadas, eran terribles. Cádiz era el gran puerto comercial. Su primacía mundial en tráfico resultaba indiscutible. Un Imperio florecía, bajo los soles inextintos, y otros Imperios pugnaban por abrirse caminos en el Universo. Una época comercial, anticipo de la industrial, avanzaba por la escala del siglo. Es esa la época de los canales, de los puertos, de los caminos y de las posadas. Es la era insular de la moral utilitaria, de la idolatría del comercio. Por la desventura de unos Tratados, España va perdiendo su oro antillano. Desde 1710 hasta 1780 entran en Inglaterra, procedentes de España, 25 millones de esterlinas oro.

España pierde batallas marinas—San Vicente, Trafalgar—y se hunde en el tobogán de la decadencia. Gibraltar, tierra sagrada de España, sigue siendo la misión fundamental y permanente de la Patria. Su valor estratégico es nulo, pero su valor moral es para nosotros inmenso.

El enorme león vigila, en el umbral del Mediterráneo, de cara al Hacho, la otra columna herculina, el renacimiento del hispánico Imperio.

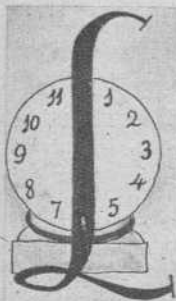
GUILLEN SALAYA

UN CUENTO CADA SEMANA

fotos

La vida en un hilo

POR ALFREDO MARQUERIE



AS seis de la tarde de un hombre aburrido suele ser una hora fatal—como ciertas mujeres que se parecen a las horas—. Y si el aburrimiento encuentra su clima y caldo de cultivo en el ocio de una gran ciudad, donde las posibilidades de diversión en ese instante, en el que las agujas del reloj parten la esfera con el negro trazo de una vertical exacta, la cosa adquiere categoría de catástrofe.

Ernesto, terminado el trabajo que le absorbía la atención entre las cuatro paredes del despacho, consultó el espejito de tiempo de su cronómetro de pulsera y decidió llamar a su entrañable amigo Juan: todos los hombres aburridos tienen un entrañable amigo Juan a las seis de la tarde.

Marcó en la ruleta—blanca y negra—del teléfono el 48710. Y el dedo burlón le jugó una mala pasada, sin que él lo advirtiera. En lugar del 48710 «salió» el 48720. Y una dulce e inesperada voz femenina preguntó:

—Diga.

—Perdón, señorita—corrigió Ernesto, molesto y turbado por la equivocación involuntaria—. Debo haber sufrido un error. Mi amigo Juan, a quien quería llamar, vive solo. Su voz me dice que he trastocado el número. Ese no es el 48710, ¿verdad?

—No. Este es el 48720.

—Claro, claro. Es mi dedo torpe que ha marcado un dos en vez de un uno. Discúlpeme.

—Está usted disculpado. No faltaba más.

—Muchas gracias. Y, créame, estoy realmente extrañado y admirado.

—¿Por qué?

—Porque no es frecuente encontrar tan amable comprensión para nuestros errores, al equivocarse un número del teléfono.

—¿Ah, no?

—¡Quiá! ¡Sale por el auricular cada voz gruñona que dice ásperamente: «Aquí, no es. Ya podría tener más cuidado!» Y uno, que es un poco tímido, se azora, ¿comprende?

—Sí. Ya entiendo.

—¿Cómo?

—Porque yo también soy tímida y cuando me sucede eso tartamudeo, y no sé cómo disculparme.

—¿Qué casualidad, ¿eh?, los dos somos parecidos!

—Hay muchas personas parecidas en el mundo.

—En lo físico, sí. Pero en lo espiritual no es frecuente. O al menos escasean los que tienen la sinceridad de confesarlo.

—Como nosotros.

—Justo. Nosotros hemos intimado en seguida.

—¿Usted cree?

—Lo estoy viendo.

—¿Viendo? Ese es un verbo demasiado impropio para usos telefónicos. Aquí estamos un poquitín atrasados. Considere que todavía no se ha divulgado la televisión.

—¿Le gustaría?

—¿Qué?

—Eso: que nos viéramos al mismo tiempo de hablarnos.

—Pues... no sé qué decirle. Tal vez no haga falta.

—¿Qué raro!

—Nada de eso. Yo tengo una opinión particular acerca de las voces.

—A ver, a ver...

—No me haga caso. Tal vez sean tonterías, vulgaridades.

—Con pocas palabras se advierte que no es usted una mujer vulgar.

—Eso sí que es una vulgaridad.

—Cierto. Pero hay ocasiones en que las frases hechas se llenan de un contenido sincero. Y ésta es una de ellas. Dé usted por no oída la vulgaridad de la expresión. Y atienda sólo a que expresa una opinión verdadera, que no sé cómo decir de otro modo, porque, como habrá advertido, estoy muy lejos de ser un hombre literario. Pero, créame, obedece a un impulso o mejor a un arrebatado de verdad.

—¡Por Dios! No necesitaba disculparse así. Qué parrafada más larga le ha salido. El que tiene que perdonar mi impertinencia es usted. A veces, como tantas mujeres, soy un poco arbitraria y caprichosa. Y me gusta acusar a los hombres de falta de originalidad. Quizá porque presumo que esto es lo que más rabia les da. ¡Y como a nosotras nos gusta tanto hacerles rabiar...!

—Menos mal que lo reconoce.

—¡Ah, desde luego! En nuestros defectos están nuestros reales o supuestos encantos.

—Coincidimos otra vez. Pero me estaba usted hablando, o mejor dicho, me iba usted a exponer su particular teoría sobre las voces.

—Nada más lejos de mi ánimo que designar con el presuntuoso nombre de «teoría», un capricho o una rareza de mi temperamento, una intuición especial a la que atribuyo, sin saber por qué, categoría de infalible.

—¿Y es?

—Yo pretendo conocer a las personas por la voz, del mismo modo que hay quien se jacta de adivinar sus pensamientos o su condición al primer golpe de vista.

—Entiendo. Usted corrige la vieja frase diciendo algo así como «la voz es el espejo del alma».

—Acaba usted de dar forma atinadísima a un pensamiento que nunca me había formulado claramente.

—Pues estoy contento de haber borrado mi vulgaridad de antes con una frase un poco feliz.

—Exacto, exacto. Ha interpretado perfectamente lo que yo pensaba. «La voz es el espejo...»

—Y yo me atrevo a preguntar, en uso de esta súbita confianza telefónica que se ha despertado entre nosotros: ¿Qué le espejea, qué alma le refleja a usted mi voz?

—Le contestaré con la misma confianza que invoca. Su voz es la de un hombre grave, viril, sincero, noble. Una voz que inspira y respira tranquilidad, claridad. Una voz de hombre sano de alma y de cuerpo. O dicho en pocas palabras: una voz buena y una buena voz.

—Estoy halagado y confundido.

—Lo esencial es que con mi sincero arrebatado no me confunda usted a mí.

—Nada de eso. Aquí, a través del teléfono, estamos un poco como en el Carnaval de otros tiempos, enmascarados perfectamente. La distancia es una impunidad para decir lo que se piensa.

—Y también quizá una facilidad para no pensar lo que se dice.

—Voy a regañarle yo ahora por ese juego de palabras, impropio de las cosas interesantes que me estaba contando.

—Sí. Es verdad. Se me ha escapado una tontería... Pero conste que no creo tampoco haber dicho antes nada que valga la pena.

—¿Qué modesta!

—¿No hemos quedado en que esto es el Carnaval del teléfono y en que nuestras voces enmascaradas por la bocina y el auricular, como por un antifaz perfecto, no tienen nada que fingir?

—Pero la modestia no es una virtud deliberada, sino una gracia involuntaria.

—Bueno. Basta de piropos. Y... de conversación, ¿no le parece? Esto está resultando un poco largo. Y si hay alguna persona que desee comunicar con nuestros números telefónicos debe pasar por momentos de verdadera desesperación.

—Yo no espero que me llame nadie.

—Ni yo tampoco, la verdad. Pero ahora que caigo, ¿no iba usted a llamar a su amigo Juan, el que vive solo? ¡Pues ya puede estar esperando el pobre!

—Iba a llamar. Pero ya no llamo.

—¿Y por qué? ¿Se le ha hecho tarde tal vez por culpa mía? ¡Qué horror!

—No, nada de eso. Es que ya no necesito llamarle.

—No me lo explico.

—Sería muy largo de aclarar. Pero tiene usted razón. La estoy entreteniéndole y tal vez aburriendo excesivamente. Basta... por hoy. Digo, si usted, no tiene inconveniente en que le llame mañana. A esta hora, por ejemplo.

—Pues..., ¿para qué le voy a mentir, después de haberle confesado mi opinión sobre las voces? Júzgume como quiera, aun a riesgo de equivocarse y... ¡sí! llame a mi número si eso le divierte.

—Entonces hasta mañana a las seis en punto.

—¿Qué gracioso es esto! Hasta mañana.

Al día siguiente, a las seis en punto, Ernesto llamó al 48720. La dulce voz femenina de la interlocutora desconocida le estaba esperando. Se lo dijo ella misma.

—Sabía, estaba segura que iba usted a llamar. Qué pretenciosa, ¿verdad?

—¡Si lo había prometido!

—Podía ser una broma. O haberlo olvidado. O tener un quehacer urgente a esta misma hora...



—Pero, ¿no dice usted que «estaba segura»?

—Sí. A pesar de todas esas suposiciones. Ya recuerda mi opinión sobre las voces.

—Y no se equivocó.

—Bueno. Ya me ha llamado usted. Ya le he contestado. Y ahora, ¿qué?

—A eso iba. Yo quiero hacerle una proposición.

—No será la de vernos...

—Ese asunto está juzgado.

—¿Entonces...?

—Mi oferta, o mejor dicho, mi súplica, es la siguiente: ¿Quiere usted que todas las tardes le llame a la misma hora?

—¡Vaya un capricho! ¿Por qué y para qué?

—Sencillamente: porque después de una noche de meditación he comprendido que su conversación me interesa y me divierte más que otra alguna.

—Esa decisión tan súbita me parece más la de un hombre irreflexivo, apasionado, la decisión de un hombre que no concuerda con la idea que yo me había forjado de usted: grave, templado, sensato.

—Pero si lo soy! Lo que sucede es que al expresarle este deseo no hago sino dar forma a un deseo meditado y hondo: el de charlar con usted todas las tardes por una razón muy sencilla: la de que me encanta su conversación.

—Muy galante y muy amable. Pero piense mejor y verá que eso está falto de lógica. Porque yo no he dicho más que cuatro tonterías y es imposible que con ellas haya podido usted fundamentar casi un voto. ¡Ahí es nada! Renunciar previamente a todas las solicitudes de las seis de la tarde, ¡de todos sus días!, para hablar con una mujer que no conoce, ni conocerá nunca, a través del suplicio y del tormento de un teléfono.

—¡Ah! ¡Con que ahora salimos con esas...! ¡Con que el teléfono es un instrumento de suplicio...!

—Naturalmente. Y no sólo por lo que nos martiriza y desespera cuando se descompone o cuando nos obliga a marcar una y otra vez el número «que sigue comunicando», sino porque le falta un sentido, o más exactamente, porque sólo posee uno.

—Pero...

—Sí. Ya sé que va a sacar otra vez a colación mi juicio sobre las voces, que tanto juego nos está dando.

—Claro.

—Pues, no, señor, se equivoca. Lo que yo he dicho es que con la voz es posible adivinar cómo es una persona. Pero su conocimiento completo sólo puede adquirirse con su presencia física. Los matrimonios por poder, los matrimonios a distancia son una útil ficción jurídica por la que se supone que uno de los contrayentes está allí, sin estar. Ahora, desde el punto de vista que pudiéramos llamar poético, son una cosa horrible. Porque la novia no podrá nunca revivir la dulce escena de estrechar, vestida de blanco, la mano del prometido; ni recordar la voz de su «sí», ni ninguna de las dulces escenas y emociones de la ceremonia nupcial que requieren «la otra» presencia.

—Ni el novio podrá recordar la opresión de sus zapatos estrechos.

—Habla usted como si se hubiera casado.

—Y usted igual.

—Es cierto. Pero, ¿para qué queremos la imaginación?

—Verdaderamente. Para soñar lo que no ha sido.

—O para adivinarlo.

—Como usted hace con mi voz.

—Y usted con la mía. Aunque ahora caigo en que todavía no le he preguntado cómo cree que soy.

—Bien. Juguemos a su juego. Usted es...

—¡Ay! Me está poniendo nerviosa con la pausa. ¡Dígalo ya, hombre!

—Ve. Se acaba de delatar con esa desesperación. Usted es una mujer que no le gusta esperar ni un minuto a que se satisfagan sus deseos.

—Caprichosa, ¿no?

—Más que eso, muy femenina. Y por el contenido, no por el acento de sus palabras, un poquito literaria. Eso que me ha dicho antes de «la útil ficción jurídica» y lo «desde el punto de vista poético» la denuncian como aficionada a la literatura.

—Entonces me cree mujer de las que escriben «Su Diario íntimo», ¿no es eso?

—Hasta ese punto, francamente, no. Pero se pueden tener aficiones puramente contemplativas, gran pasión por la lectura...

—Sí, es verdad. Devoro los libros.

—Vamos, ¡menos mal que he acertado!

—Pero con poco esfuerzo y, además, haciendo trampa.

—¡Señorita! Me está usted llamando fullero, sin motivo.

—Es que usted, como los malos grafólogos, no se fija en la letra de la carta, sino en lo que dice. No ha tratado de descubrirme por mi voz, sino por mis palabras. Usted va al argumento y no a la música.

—Porque soy más realista que usted, menos aventurado, más serio. Y por eso...

—Ay, ¡otra vez la dichosa pausa! ¡Termine, hombre, por favor!

—Por eso...

—Vamos. ¡Acabe ya!

—Por eso me gusta usted.

—Eso sí que tiene gracia. Deje que me ría. Sospecho — la voz le descubre — que me va a declarar su amor dentro de unos instantes. Un poco de formalidad. ¡Cuelgo el teléfono. Una broma así no me divertiría, sinceramente.

—No se ponga serio, no amenace. Palabra que no diré nada. Todo antes que sufrir el martirio de verme privado de su charla.

—Si no le falta razón, si el hecho de trabar y de entablar conversación con un hombre desconocido autoriza a este hombre a todas las licencias. La culpa es mía. Estoy pensando en voz alta. Bueno, mucho gusto. Y buenas tardes. No haga caso de esta locura de una chica irreflexiva. Adiós.

—¡Ojalá! ¡Espere...!

El golpe brusco del auricular en el soporte y el vacío inmenso de la línea interrumpida, con su silencio sin zumbidos, dijeron a Ernesto que la charla había concluido.



Pensó llamar otra vez. Comenzó a marcar el número. Y lo interrumpió a la mitad. Iba a ser peor insistir.

Pero su rasgo de calma y espera duró veinticuatro horas. A las seis de la tarde siguiente se repitió la escena.

—¿Es el 48720?

—Sí, hombre, sí. Soy yo.

—¿Y quién es usted?

—Una tonta o una loca que no tiene la fuerza de voluntad suficiente para no contestarle.

—Entonces yo soy un tonto o un loco que carece de ella para no volverte a llamar.

Y ahí empezó la historia. Ernesto y el 48720 comenzaron a mantener su diálogo a la misma hora, jornada tras jornada. La vida de ambos empezó a rodar por el plano inclinado de las confidencias. Poco a poco se fueron diciendo o descubriendo cómo eran uno y otro, cómo habían sido hasta entonces. Su infancia, y su juventud, sus esperanzas, o sus decepciones, sus alegrías, sus temores, sus deseos, todo ese entramado de ideas y de sentimientos que es la vida humana sin máscaras sociales, sincera y al desnudo, fué vertiéndose en el doble confesionario de los dos aparatos telefónicos. Llegaron a conocerse y tal vez a quererse un poco, sin verse jamás. De tal manera necesitaban una y otro entablar el diálogo de las seis, que aquello, más que un hábito o una costumbre, era un vicio, una necesidad intelectual y sentimental, un delicioso secreto que a nadie confiaron y que mantenían encerrados en sus habitaciones como se mantiene la lámpara de un culto.

Pero, al fin, la curiosidad triunfó. Y precisamente en la tarde en que los dos habían renovado su promesa de no hacer nunca nada por verse, Ernesto indagó en la Central Telefónica el nombre y las señas del Abonado 48720 y Ella se enteró de las señas y el nombre del comunicante que todos los días la llamaba a la misma hora. Bastó una mañana. Ella esperó sentada en la terraza de un café, frontero a la casa de Ernesto, a que él saliera a la calle. Ernesto iba a esperarla y verla entrar en su casa. Una y otro, rompiendo el pacto, lograron lo que se proponían: verse. Pero no se hablaron ni se percataron — ni una ni otro — del doble juego. Consiguieron sendos y mutuos informes y el conocimiento de esos datos terribles y vulgares que aparecen en las casillas de los padrones: Nombres y apellidos, edad, profesión, estado...

Sufrieron, todo hay que decirlo, una doble y triste, más aun, trágica decepción. Y al otro día, a las seis en punto, sonaron en los teléfonos sus voces invisibles:

—Prométeme otra vez que nunca harás nada por verme.

—Te lo prometo.

—¿Y tú? ¿Tampoco quieres que yo te vea?

—Tampoco.

—Así es mejor, ¿verdad?

—Sí. Así es mejor.

Todas las tardes, a las seis en punto, siguen sonando sus teléfonos.

—¿Qué has hecho hoy?

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Cuéntame: ¿qué tal lo pasaste anoche?

—Dime: ¿qué opinas del último libro?

Se aman sin verse. Imposible puro, imposible romántico en un siglo de tremendas y duras realidades.

Y tal vez son felices.

FIN

(Ilustraciones de Demetrio)



PUBLICIDAD
GABERNET



1'75
EL BOTE
TIMBRE A
METALICO

Un ferviente
admirador

PERFUMERIA
FONT
DE PRESTIGIO CENTENARIO
MALLORCA, 123
BARCELONA

da-da
EL TALCO PARA SU BEBE

Ondulación Permanente "HENRY"

AL ACEITE, CON MAQUINA Y SIN ELECTRICIDAD
IMITADA PERO NUNCA IGUALADA



Aparatos va-
rios modelos,
todos equipa-
dos con el
nuevo Calen-
tador térmico
irrompible,
raíces y pun-
tas



Un aspecto del acto de la Demostración cele-
brada recientemente en Palma



Secadores si-
lenciosos, va-
rios modelos,
con y sin es-
cobillas

Ondas y rizos, fuertes y naturales a voluntad, gracias al
Estabilizador de temperatura «HENRY», único en el mundo

J. COLOMER

Diputación, 260 - BARCELONA (7)

Tocadores. Sillones de tubo curvado. - Útiles de peluquería en general
PRESUPUESTOS GRATIS A SOLICITUD

LUMINEX Colorante vegetal en polvo
15 tonos diferentes, entre ellos uno para su cabello

Materiales hidráulicos GRIFFI, S. A.

FABRICACION EXCLUSIVA DE CEMENTOS BLANCOS
CAPITAL SOCIAL: 6.000.000 DE PESETAS

PORTLAND BLANCO. - Supercemento para la fabricación de piedra y már-
mol artificiales, pavimentos continuos, estucos, etc.

BLANCO NATURAL. - Cemento de inmejorable calidad para la fabricación
de mosaicos.

BLANCO ESPECIAL. - Portland de elevada resistencia, para obras de cemento
armado y trabajos de presentación y responsabilidad.

MONTCADÍ. - Cemento impermeable y adherente, producto inmejorable
para evitar y quitar toda clase de humedades. Se aplica como pintura per-
manente en blanco y en colores o como pasta para realizar estucos modernos.

Agentes de venta en toda España

VILLANUEVA Y GELTRÚ (Barcelona)

MOSKIT

en la guerra contra
los insectos

ES UN PRODUCTO DE LA C.A.
EXPORTADORA ESPAÑOLA
REPRESENTACION **VELAZQUEZ, 57**

PANTALLA El cinema español y la feria de Valencia



La Feria valenciana reviste todos los años tradicional brillantez. Los «ches» saben hacer bien las cosas y por eso los festejos atraen siempre a la capital levantina millares de forasteros, ansiosos de presenciar los magnos conciertos musicales, la batalla de flores, los castillos de fuegos artificiales... Pero, sobre los alicientes ya conocidos y siempre superados, ha habido este año uno más. Se debe la idea a la Asociación de la Prensa Valenciana, organizadora de tres verbenas que han tenido por hermoso marco los jardines del Real. Pero el atractivo no ha consistido en las tres verbenas en sí — en las que se ha dado cita lo más florido de la belleza de la ciudad del Turia —, sino el sensacional concurso cinematográfico para la selección de futuros artistas, concurso en el que Cifesa — la gran productora nacional — ha tenido una intervención efecísima.

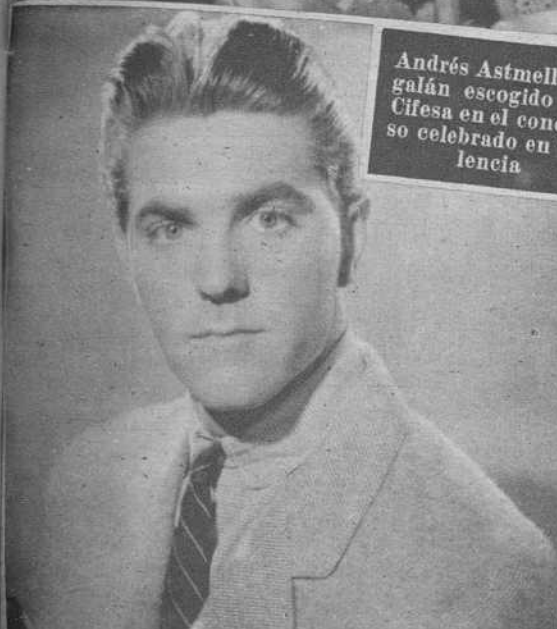
Se trataba, en efecto, de buscar nuevos valores para el cine hispano. Corrientemente son los directores quienes se encargan de esta labor nada fácil. Pero los directores rara vez quieren exponer su prestigio encargando papeles a nombres desconocidos y prefieren, para sus repartos, figuras que hayan destacado ya ventajosamente en el teatro o en las variedades. De este modo, el porvenir para los aspirantes a la gloria del celuloide aparecía bastante limitado. Y lo malo es que el cine español, en efecto, necesita aumentar el número de sus artistas, ahora que camina por derroteros más amplios que los de antaño. ¿Dónde encontrarlos? Ya lo han visto ustedes. Por lo pronto, en Valencia. Probablemente, y en vista del éxito conseguido, se animará Cifesa a seguir la busca y captura de nuevos astros y estrellas por Madrid y Barcelona. Baste decir que al concurso de Valencia se han presentado cuatrocientos aspirantes. La tarea, pues, ha sido bastante laboriosa. Se trataba de seleccionar doce entre todos ellos. Seis señoritas y seis caballeros. Estos doce elegidos lo fueron por un Jurado presidido por el secretario del Departamento de Cinematografía, Antonio de Obregón, y por la gentil artista Conchita Piquer, y en su difícil cometido estuvieron asistidos por elementos técnicos, artísticos y literarios.

Las pruebas para patentizar su fotogenia y sus aptitudes para actuar ante la cámara se hicieron en presencia del público, ya que ha sido éste un concurso sin trampa ni cartón. Tan es así que el propio público se encargó de discernir el fallo definitivo una vez que hubo presenciado en la pantalla las pruebas de los noveles. Bajo el pabellón de Cifesa, los caballeros y las damas que han tenido la envidiable fortuna de ser elegidos, quedan ahora en situación magnífica para dar comienzo a la ascensión de la empinada escalera que conduce hasta el codiciado «estrellato».

Tanto la Asociación de la Prensa Valenciana como Cifesa! merecen los más sinceros elogios por este concurso, sin precedentes en nuestra historia cinematográfica.—X. X.

← El numeroso público presenció las pruebas de los concursantes triunfadores

Andrés Astmells, el galán escogido por Cifesa en el concurso celebrado en Valencia



La gran artista Conchita Piquer imponiendo el distintivo a una de las seleccionadas



↘ Amparito Boir López, la concursante que obtuvo el segundo puesto

↑ Amelia Navarro Bravo, la primera seleccionada en el concurso de Cifesa



← Un futuro galán a quien le pone el distintivo María Luisa Girona

↑ Una linda concursante ante la máquina del operador

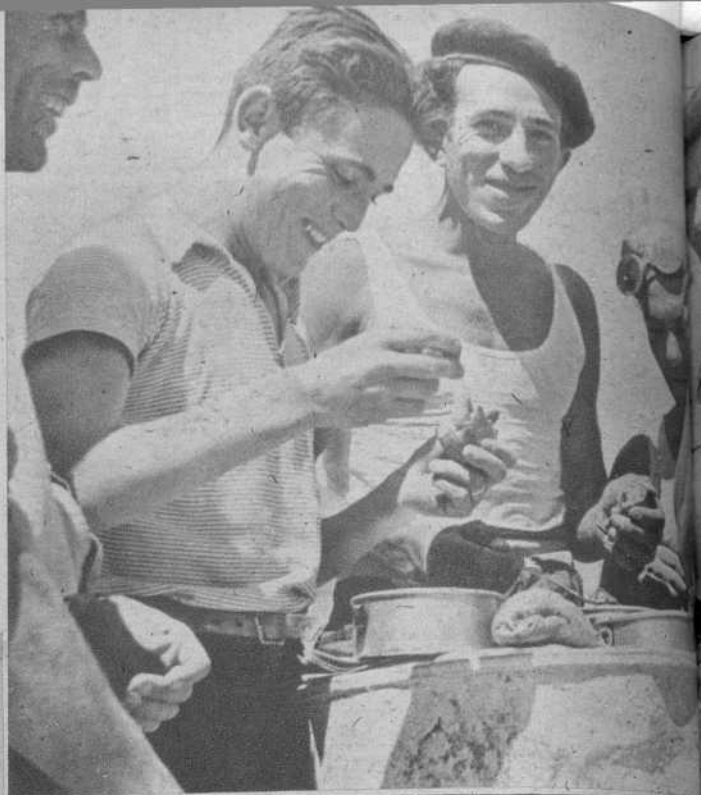


Estrellita → Castro, obsesquiada por sus admiradores con hermosas «corbelle»



DIA Y NOCHE

LA RUEDA DEL TRABAJO



← Con su linterna de minero y sus altas botas impermeables, el obrero del alcantarillado madrileño realiza su trabajo a las horas en que la ciudad duerme

Este hombre se pasará la noche bajo tierra al acecho de cualquier avería o entorpecimiento que pueda producirse en el funcionamiento del alcantarillado



Las escuadrillas de vigilancia recorren durante la noche los estrechos túneles que minan el subsuelo de la capital



Calor sofocante. Sin embargo, el albañil tiene que trabajar al sol. El botijo es, durante su trabajo, el compañero inseparable

En la ciudad → que hay debajo de la ciudad, las calles están rotuladas con los nombres correspondientes (Fots. Montes)



↑ A la hora de la comida, los albañiles forman un pequeño y animado corro en torno a la mesa improvisada



↑ Por aquí el camino es sencillo y sin peligro, pero no puede decirse lo mismo de todos estos oscuros callejones

Un alto en la pesada tarea de las patrullas de vigilancia para descansar unos minutos y para fumarse un pitillo



PARA las personas que son sensibles al trabajo ciudadano, Madrid siempre tiene estampas bellas que admirar, porque la rueda del trabajo no para ni de día ni de noche. Una luz se apaga y otra que se enciende. El trabajo es foco de luz vivísima que ilumina muchos mundos, el mundo del albañil, el mundo de los metalúrgicos, el mundo de los que trabajan bajo la tierra. Quizá tenga yo una imaginación algo pueril; pero confieso que si paso por una casa en construcción a la hora en que los albañiles comen, me gusta entrar en conversación con ellos.

También me agrada apreciar en lo que valen esas charlas tan madrileñas que se sostienen en toda clase de tiendas, y por la noche contemplar a esos hombres que con la llama del soplete funden las vías, o a esos otros que entran en hilera por la boca de las alcantarillas de la ciudad. Mucho he aprendido en estos negocios, y un mundo nuevo ha ido llegando hasta mí, con formas, con sensaciones que antes no conocía.

Todo se puede encontrar en Madrid y si usted quiere venir conmigo daremos una vuelta por sus calles y contemplaremos, como desde una ventana, el hacer de sus hombres.

Cuando se abren los escaparates de las grandes tiendas a la luz del sol y el centro de Madrid se llena de vida, los obreros de la construcción hace ya horas que trabajan en sus andamios. A las doce, la hora justa del mediodía, los albañiles dejan su trabajo y antes de abrir las cestas en que la mujer o las hijas les llevan la comida, siempre hay un viejo, un señor Juan, al que todos escuchan con gusto. ¡Qué labia tiene! Es un madrileño de los más típicos. Puede ser que lo conozcáis, porque tiene mil amigos. Sabe todo lo que hay que saber acerca de Madrid — del verdadero Madrid, quiero decir—. Pero ayer, la conversación que les oí trataba de temas importantes. Se hablaba de economía.

—Bueno — decía el señor Juan —, no creo yo que haya ningún trabajador en Madrid que no esté ya al tanto. Así se hacen las cosas, pocas palabras y muchos hechos. ¡A que ahora los domingos suenan mejor!

—Ni que lo diga usted — responde un aprendiz de oficial, cetrino, con el pelo revuelto y lleno de yeso—. Pero mi padre no ha estado en lo justo, porque, ¡vamos!, bien está que el aumento de jornal que se nos da sirva para lo que es, para mejorar nuestra vida; pero digo yo, bueno, es un decir, que también puede llegar para ir los sábados a la Kermesse, pero como mi padre dejó de bailar cuando desaparecieron los organillos, pues que no hay quien le convenza.

—Bueno, bueno — le interrumpe el señor Juan — y ahora a comer, porque no quiero oír otra vez a tu madre lo de que ella no ha encendido la lumbre para que yo os haga comer en frío.

Pero sigamos caminando por las calles; en todas hay algo que contemplar, aunque no podamos perder el tiempo en explorar las conversaciones que se oyen en los mercados, ni las que se escuchan en las tiendas, de las que sólo al pasar cogemos alguna que otra frase, como ésta que sale de una tienda de vinos:

—Oiga usted, buena mujer; a usted nadie le falta ni a mí tampoco, porque le estampo a usted... Vamos, mira que decir que este vino no es de uva.

—Como que no lo es. Y eso de amenazar, ¡cuidado! ¿No ve usted que yo tengo dos manitas y gracias a Dios cinco dedos en cada una para plantárselos a us-

ted en esa fisonomía que parece un jardín botánico?

Durante el día, la vida de trabajo es ciertamente más intensa que por la noche; pero el trajín de la noche tiene tantas sorpresas... Por la noche se encuentra uno con una clase de trabajadores de cuyo hacer apenas si tenemos noticias y entre ellos están los que tienen por misión la de vigilar, de nueve a cuatro de la mañana, las alcantarillas de la ciudad. Hace pocas noches, a las tres de la mañana, vi llegar junto a la boca de una alcantarilla de la calle de Alcalá a seis hombres. Todos llevaban botas altas, ruidosas, con suelas de madera, y en la mano unas linternas de minero. Uno de ellos, en un instante, abrió hábilmente la tapa de hierro y los otros empezaron a bajar lentamente. Ligero, activo, el que se quedaba arriba empezó a contestar a mi curiosidad:

—Sí, son las escuadrillas de vigilancia.

—¿Pero se puede caminar bien por las alcantarillas?

—¡Hombre, ya lo creo! Aquí los túneles son anchos, grandes, casi como un paseo. ¿Quiere usted bajar?

—Pero, ¿no habrá agua?

—No; aquí, en esta parte, está seco. Basta con los zapatos. Pero si quiere usted ponerse unas botas le doy las mías.

Un momento de indecisión. El cielo está tan radiante de estrellas y el aire es tan puro, tan sutil, que la boca de la alcantarilla me produce una viva sensación de ahogo. Pero la curiosidad puede más..., y empiezo el descenso. No he bajado muchos metros y ya piso suelo firme. Tenía razón el hombre; el túnel es ancho y está seco; sólo a los lados se deslizan brazadas de agua. Los poceros van delante, en fila; las luces de sus linternas van dibujando sombras caprichosas en la pared.

—¡Cuidado! Dé usted un salto; hay un cruce de aguas.

No hace ni diez minutos que estamos andando y ya me parece un siglo.

—Mire — me dice — por ese túnel se va a la Castellana; ahora estamos bajo la misma Cibeles. Aquí hay que tener cuidado; el desagüe es fuerte.

—¿Hay peligro?

—¡Hombre!; peligro, peligro..., éste es buen sitio, pero no hace mucho, allá por la Ronda de Toledo, a uno le sacó al Manzanares.

—¿Así que...?

—Sí; no hay que resbalarse, porque sino no hay quien lo detenga, el agua se lo lleva; se lo lleva, claro, si antes no lo ha estrellado con algún recodo.

El hombre quiere contarme más detalles y hablarme de los sitios buenos, de cuando fué construido el alcantarillado de Madrid y sabe Dios de cuántas cosas más. Pero yo prefiero que me lo diga arriba, bajo el cielo cuajado de estrellas y le digo:

—¿A usted le gusta el café y los churros calientes?

—¿Y a qué madrileño no le va a gustar eso?

—Bueno, pues entonces...

—Sí, a las cuatro, cuando dejemos el trabajo, donde usted quiera, porque ahora, ¿sabe?, hay que terminar la faena.

La rueda del trabajo no puede parar ni de día ni de noche. Una luz se apaga y otra se enciende. Ahora son los panaderos los que están en plena faena. Y así siempre. Millares de hombres trabajan de día; millares de hombres trabajan de noche.

A. ALONSO CASARES

2 LIBROS cada 7 DIAS



Las flechas de mi haz Por Esteban Justo y Edelmiro Trillo

En el prólogo, conciso, afirmativo y contundente, puesto a esta obra por José María Alfaro, dice este camarada con tanta exactitud como acierto que «este libro

— llamado como tantos otros a formar el fondo del material con que habrá de escribirse la Historia — es un buen conjunto de datos que permite asomarse a algo de lo que fué la brutalidad roja en las cárceles madrileñas». Empieza la obra con lo ocurrido en el Cuartel de la Montaña. Cuéntalo Esteban Justo, que estuvo allí y después pasó a la Cárcel Modelo para sufrir dilatada y penosa cautividad en unión de Edelmiro Trillo en numerosas prisiones. Vivieron, por consiguiente, las horas más dramáticas de la revolución. Fueron actores y testigos de las escenas trágicas que relatan, sin alardes ni orfebrerías literarias, sin rebuscamiento ni afectación, sino con esa sencillez con que se viste la verdad cuando es verdad y no una simulación.

Esteban Justo

Edelmiro Trillo

La primera parte de esta interesantísima obra está dedicada a la vida en la Cárcel Modelo, desde el 20 de julio de 1936 hasta que fué desalojada. Por consiguiente, tiene una gran importancia histórica. La anécdota es necesaria y precisa en hechos, sucesos y acontecimientos como

los que hemos sufrido. Los nombres de las víctimas figuran en el relato, que es minucioso y tiene un gran interés emotivo y sentimental. Con «Las flechas de mi haz» adquiere la Historia valiosos elementos y detalles que servirán en su día para que todos se den cuenta de la magnitud de aquellos sucesos que se recuerdan como pesadillas sangrientas y desgarradoras. Los dos volúmenes de la obra se leen con avidez. Tiene, entre otros méritos, el de registrar nombres de mártires que no habían sido mencionados anteriormente. Posee gran fuerza emotiva, como dijimos, y nos pinta cómo luchó, actuó, vivió y murió la Falange en aquellos días terribles de guerra, angustia, persecución y martirio sufrido con entereza ejemplar.

Don Adolfo, el libertino Por Jacinto Miquelarena

Año de 1900. Ambiente descrito de manera magistral. Alusiones a tipos, escenas y personajes que nos son familiares más que conocidos. Todo esto es lo que hay en la novela de Jacinto Miquelarena, tan conocido por el público por sus anteriores obras. Autor halagado por la fortuna, agasajado por el éxito, y premiado justísimamente por composiciones poéticas del más alto y noble sentido patriótico, preséntase de nuevo al público selecto y reducido de los libros con una novela en la que ha puesto un profundo sentido crítico y sintético y una emoción honda que se transmite a nosotros, que nos encariñamos con algunos personajes de su obra hasta el punto de llorar por ellos.

Así nos sucede, por ejemplo, con la dulcísima, humana y enternecedora figura de una pobre titiritera — «Marietta» —, pobre mariposa que se quema en el fuego de sus propios sueños y muere cuando pretendía volar y ser dichosa con la felicidad del hombre a quien quería.

«Marietta», figura episódica de la novela, la llena de ternura melancólica. Dentro de aquella escribe otra con su dolor y su martirio. Es un bello complemento de la obra, que se lee con emoción e interés.

El protagonista, el que da título a la obra, «Don Adolfo, el libertino», es, después de todo, un buen muchacho. Corre locas aventuras de amor. No hay nada malo en su espíritu. Con alegre inconsciencia se entrega a una vida ligera y, cuando llega el momento se transforma y modifica. Hay en su alma un fondo de moral que no tarda en imponerse. Víctima de una época fácil y cómoda, no se le puede juzgar con excesiva severidad. Así lo hace el autor con ternura benévola, comprensiva y paternal. No se rebela contra los hijos de su imaginación, como hacen otros autores

que no son dueños de su pensamiento, ni de los personajes que crearon o pretendieron crear. Tras el aparente realismo de su novela hay un espíritu noble y generoso. Y al mismo tiempo optimista. No apela a recursos estridentes y disonantes. ¡La vida es tan buena cuando se la mira con ojos misericordiosos y alegres! Precisamente la tortura de aquel siglo XIX, cuya agonia nos pinta Miquelarena en su libro, fué la de mirarla con ojos venenosos, resentidos y tristes. Hoy hay que hacerlo de otra manera, como Jacinto Miquelarena lo realiza, y tiene el raro mérito de «la difícil facilidad», de la que tanto se ha hablado. Como novela de costumbres está completamente lograda. Además — ¿por qué no decirlo? — es superior a su título. Este nos promete una cosa menuda, frívola, burda y burguesa. Y «Don Adolfo, el libertino», no es así, afortunadamente para el autor y para el lector, que halla en la obra una de aquellas novelas que se hacían cuando aun había novelistas que no habían olvidado lo oficio — duro y serio — de escribir.

ALONSO DE MEDINA



Mr. Day en las carreras

CON LOS HERMANOS MÁRX



71.522

espectadores han admirado, al entrar en la 3.ª SEMANA, la superproducción de

AMOR INMORTAL

al mismo tiempo que han disfrutado de la temperatura deliciosa del

PALACIO de la MUSICA

ORO FILM FILMÓFONO

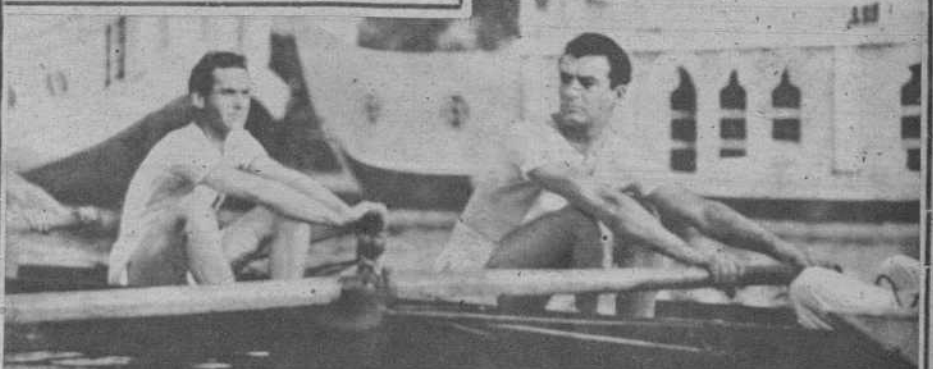


CINEMA BILBAO

DESDE EL LUNES, 12

Carmen la de Triana

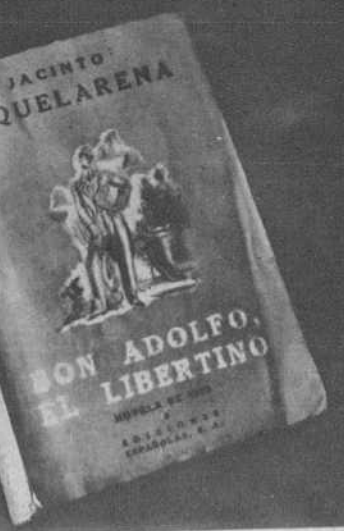
Suprema creación de Imperio Argentina. Dirigida por Florián Rey, y Actualidades Ufa, de estreno, con apasionantes escenas de la guerra marítima



ALCAZAR - ¡Tercera semana! de ROBERT TAYLOR

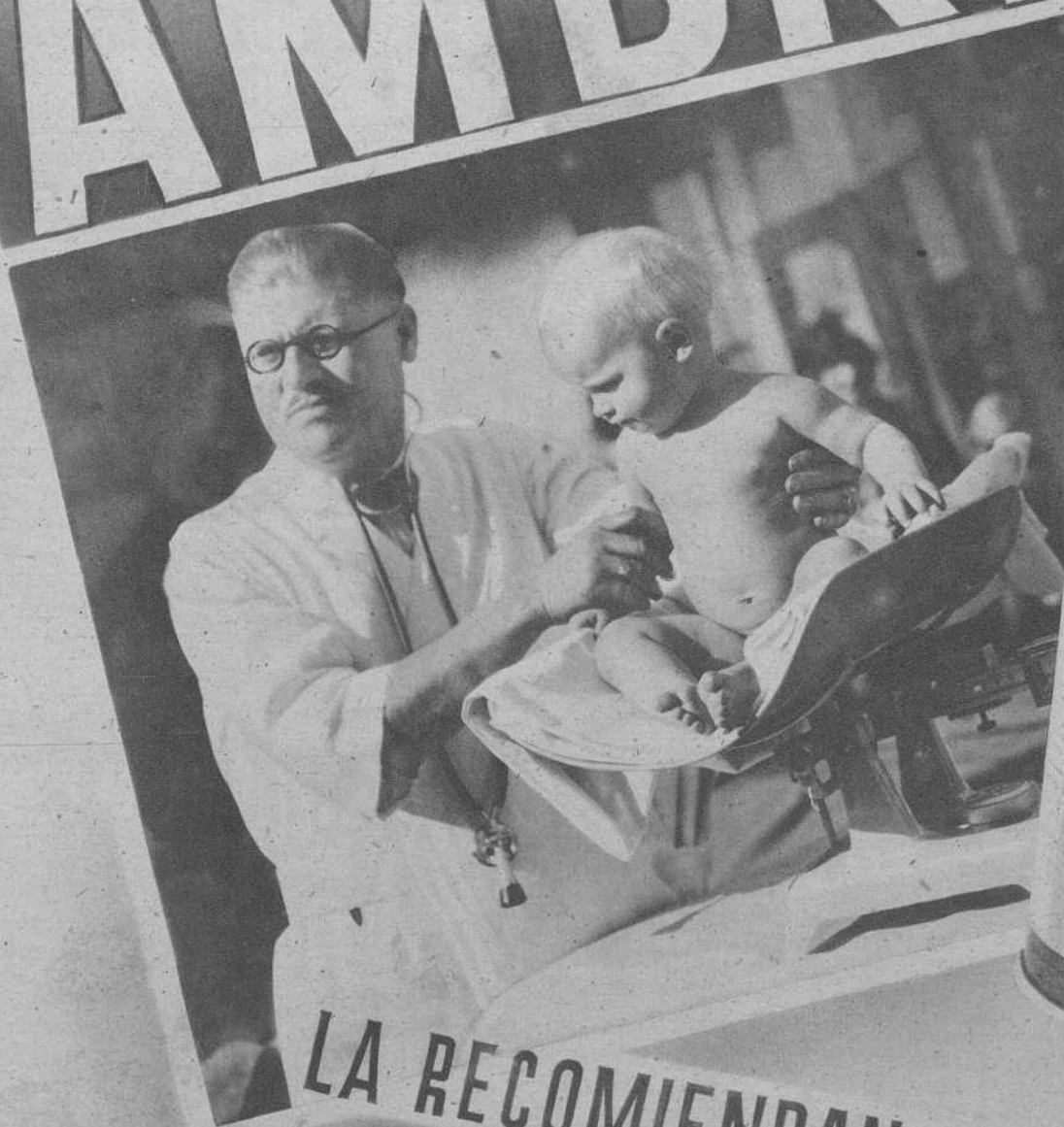
UN YANQUI EN OXFORD

La película del optimismo y de la juventud. - (Film Metro-Goldwyn-Mayer, en CASTELLANO)



Fosfatina AMBRI

*Garantía
de salud*



**LA RECOMIENDAN LOS MÉDICOS...
LOS NIÑOS LA DESEAN.**

FABRICA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS "AMBRI" • APARTADO 58 • LEON

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. Teléfonos 56164 y 56165. MADRID

Fotos

SEMANARIO GRAFICO *de* INFORMACION y REPORTAJES

REDACCION Y ADMINISTRACION

AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 31

TELÉFONOS:
26520 y 26529

MADRID



Hoy hace ocho años

Recuerdo y grandeza del 10 de Agosto

El general Sanjurjo, con el general García de la Herranz, al entrar en el Palacio de Justicia el día en que dió comienzo el proceso por el patriótico levantamiento del 10 de agosto (Fot. A. P. G.)